

# ESTADOS UNIDOS Y LA EVOLUCIÓN DEL NACIONALISMO DEFENSIVO MEXICANO

LORENZO MEYER

## PUNTO DE PARTIDA

DESDE LA PÉRDIDA DE TEXAS, LA MANERA COMO MÉXICO se define frente al mundo es una variable muy dependiente de la manera como el país se define frente a Estados Unidos. Desde muy temprano, la naturaleza del papel que México debió asumir en el sistema internacional giró en torno de sus diferencias y conflictos con Estados Unidos. El poco o mucho sentido de identidad colectiva de los mexicanos se fue forjando en los conflictos o desacuerdos con el exterior, primero con España, por un tiempo con Francia, pero, sobre todo y casi desde el inicio, con su poderoso vecino del norte. No obstante la gran integración actual de la economía y de parte de la demografía mexicanas con las de Estados Unidos, una encuesta llevada a cabo en abril de 2005 mostró que mientras 30.5% de los mexicanos tenían una opinión general buena de Estados Unidos, 31.9% la tenía mala y 32.1% regular.<sup>1</sup> México sigue viendo y juzgando lo que sucede en el sistema internacional y definiendo su papel en el mismo a través del cristal con que ve y evalúa a Estados Unidos y su política mundial. A la vez, esa visión está muy influida por la forma como se ha procesado la memoria histórica colectiva de nuestra relación con el vecino al norte del Bravo. Finalmente, esa relación se mantiene también como variable central de la propia identidad mexicana.

En los nexos que México debió establecer con Estados Unidos desde los inicios de su vida nacional, es posible encontrar numerosos ejemplos de cooperación y mutuo beneficio. Sin embargo, es desde la perspectiva opuesta, la de las diferencias y choque de intereses, como se puede hacer de manera más económica la observación y análisis de la naturaleza de la relación entre dos países obligados a desarrollar su vecindad en el marco de una notable y creciente asimetría de poder. Y es en esa relación tan desigual

<sup>1</sup> Encuesta hecha por Consulta Mitofsky.

como estrecha donde se encuentra una de las claves de un nacionalismo mexicano que, por la asimetría, tiene que ser fundamentalmente reactivo y defensivo. Este ensayo busca identificar, de la vecindad conflictiva a lo largo de casi dos siglos, los temas e incidentes principales que moldearon la actitud de las clases dirigentes mexicanas frente a Estados Unidos pero que también, en la medida en que fueron adquiriendo conciencia nacional, influyeron en las capas populares.

Desde una perspectiva normativa, lo deseable es que la cooperación y no la contradicción y el choque de intereses fuese la actitud dominante en la conducta de los actores del sistema internacional. Sin embargo, históricamente la relación que ha prevalecido entre las unidades del sistema mundial ha tenido mucho más de confrontación, de búsqueda egoísta del interés nacional y de conflicto suma-cero que de lo contrario. En la relación política entre naciones, la fuerza es la *ultima ratio*. Aunque amortiguada por la existencia de intereses comunes e instituciones binacionales y multinacionales que fomentan la cooperación y la interdependencia, el núcleo de la dinámica de la relación entre los estados es el de la política del poder. Y esto es particularmente cierto cuando se trata de naciones vecinas, con culturas y desarrollos históricos distintos y muy desiguales en términos de poder.

En el caso concreto de la relación México-Estados Unidos hubo y hay cada vez más ejemplos de acciones, estructuras y procesos de cooperación, pero al final, en la naturaleza general de su interacción, aún siguen pesando las diferencias históricas y la enorme desigualdad de poder. La relación de los países que tienen el río Bravo por frontera común ha sido un caso extremo de convivencia asimétrica. Para México, la conexión con su vecino del norte se entiende como una conexión dominada siempre por los imperativos de la política del poder y la lógica imperial; por ello, el enfoque propuesto por la escuela realista es el que ofrece las explicaciones más interesantes.<sup>2</sup>

#### DESDE EL ORIGEN, POCAS SIMILITUDES Y MUCHAS DIFERENCIAS

Estados Unidos y México surgieron como estados nacionales en la misma época histórica. Este hecho tuvo lugar tras su experiencia relativamente larga como colonias europeas —más larga y profunda en el caso mexicano—, y un fuerte conflicto armado con sus respectivas metrópolis. El aspecto des-

<sup>2</sup> La obra fundamental del realismo político es la de Hans J. Morgenthau, *Politics among Nations: The Struggle for Power and Peace*, 2ª ed., Nueva York, Alfred A. Knopf, 1959; para una puesta al día de este enfoque, véase Stefano Guizziani, *Realism in International Relations and International Political Economy: The Continuing Story of a Death Foretold*, Nueva York, Routledge, 1998.

tructivo y los efectos de largo plazo de la guerra de independencia fueron mayores en México que en las 13 ex colonias inglesas del norte.

La transformación de sociedades subordinadas en naciones soberanas ocurrió primero en Estados Unidos, y fue justamente el éxito de ese proceso lo que en buena medida explica que, llegado el momento, México, tras un breve y frustrado ensayo con las formas monárquicas, se pronunciara a favor de una estructura política similar a la de Estados Unidos: republicana, federal, democrática y presidencial. La institucionalización de semejante arreglo político habría de resultar mucho más complicado de resolver en México, y esa dificultad explica parcialmente el aumento de la asimetría entre éste y Estados Unidos.<sup>3</sup> Sin embargo, lo realmente diferente entre ambos países es su origen en la época colonial.

Para usar la atinada caracterización de Alan Riding, desde el inicio México y Estados Unidos se comportaron como vecinos distantes.<sup>4</sup> Y esa distancia tuvo un doble significado, pues se trató de una vecindad amortiguada por el vasto espacio físico que originalmente separó sus respectivas zonas pobladas, pero también hubo otras distancias quizá mayores: las de orden social, cultural y racial. En efecto, la Nueva Inglaterra fue una mera prolongación de la cultura inglesa en América, aunque con elementos aportados por otras potencias coloniales en la región —especialmente franceses y holandeses— y también por la significativa minoría esclava de origen africano. En contraste, México empezó a formarse como unidad política teniendo una abrumadora mayoría de indígenas que, salvo por ciertos aspectos religiosos, permanecieron muy ligados a su cultura original —por largo tiempo, el español no fue la lengua predominante—, aunque con el paso de los años el grupo mestizo iría aumentando su importancia cuantitativa hasta convertirse en el mayoritario. El grupo criollo y europeo —monopolizador del poder— se desarrolló dentro de un ambiente cultural casi exclusivamente español, pues, en los tres siglos de experiencia colonial, la Nueva España no tuvo contactos significativos con ningún otro país, salvo con Francia, y sólo al final.

Los Estados Unidos protestantes y el México católico heredaron elementos de la rivalidad y desconfianza mutuas cultivadas por sus respectivas metrópolis desde, al menos, el siglo XVI.<sup>5</sup> Las prácticas e instituciones reli-

<sup>3</sup> Consúltese al respecto el capítulo seis, titulado "Liberalism and the North American Model", en Charles Hale, *Mexican Liberalism in the Age of Mora, 1821-1853*, New Haven, Conn., Yale University Press, 1968, pp. 188-214.

<sup>4</sup> *Distant Neighbors. A Portrait of the Mexicans*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1985.

<sup>5</sup> Una visión sobre la rivalidad entre España e Inglaterra se encuentra en J. R. Hale, "Armies, Navies and the Art of War", en *The New Cambridge Modern History*, vol. III, Cambridge, Cambridge University Press, 1968, pp. 171-208.

gias, jurídicas, políticas y educativas de las etapas coloniales de ambos países resultaron notablemente diferentes, como también la naturaleza de sus economías, que reflejaron no sólo las evidentes diferencias geográficas y de recursos naturales, sino también del tipo de fuerza de trabajo disponible y del grado de penetración del capitalismo.

Las colonias que a partir del siglo XVII se desarrollaron en la costa adántica de Norteamérica, y no obstante la presencia significativa de esclavos africanos en algunas de ellas, crecieron como meras extensiones de la Europa más desarrollada y donde las sociedades indígenas tuvieron un impacto poco significativo. La América anglosajona, sin ser una democracia política, ya se acercaba más a esa forma de gobierno que otras sociedades de su época. Para empezar, el control de Londres sobre sus colonias americanas fue relativamente más laxo que el de Madrid, y por ello se gobernaron con bastante independencia.<sup>6</sup> Los puritanos en América, cuyas prácticas de gobierno tendrían una profunda influencia en el desarrollo posterior del conjunto que surgiría como Estados Unidos, formaban una comunidad de hombres libres enmarcada por una estructura legal de su propia creación y que, entre otras cosas, requería de la elección periódica de un gobernador y del cuerpo de funcionarios que lo auxiliaban. Se trataba, pues, de un sistema político bastante autónomo, con responsabilidad ante los electores y sostenido por una economía muy de mercado que giraba en torno de las plantaciones, la pesca y el comercio. Como producto de la reforma protestante, el cristianismo puritano tenía un profundo desdén por las prácticas católicas, que eran justamente las que dominarían de manera absoluta en el inicio de la experiencia nacional del vecino del sur, heredero de la Nueva España.

La experiencia novohispana arrancó con anterioridad a la de las 13 colonias de Norteamérica. Al inicio del siglo XVI, los españoles que pusieron pie en lo que hoy es México lo hicieron como parte de una empresa de conquista directamente ligada a la corona española y sin ninguna independencia formal, aunque bastante de facto. En lo que sería la Nueva España, Hernán Cortés y los suyos se encontraron con una sociedad no sólo más compleja que la existente en el norte, sino también con una densidad demográfica mucho mayor; los cálculos al respecto varían de los cinco a los quince millones de habitantes en Mesoamérica.<sup>7</sup> En cualquier caso, se trató de un conjunto de sociedades sedentarias —con algunas ciudades

<sup>6</sup> Samuel Eliot Morison, Henry Steele Commanger y William E. Leuchtenburg, *Breve historia de los Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951, pp. 44-47.

<sup>7</sup> Woodrow Borah y Sherburne F. Cook, "La despoblación del México central en el siglo XVI", en Elsa Malvido y Miguel Ángel Cuenya (comps.), *Demografía histórica de México. Siglos XVI-XIX*, México, Instituto Mora/Universidad Autónoma Metropolitana, 1993.

mayores que las que en ese momento había en Europa— y muy jerarquizadas. Justamente por ser sociedades enteramente originales, sin ninguna influencia externa y ningún conocimiento sobre la existencia de un mundo diferente del suyo, la presencia europea, sus medios de guerra, su ciencia y experiencia internacional, y sus gérmenes, las tomaron enteramente por sorpresa, desprovistas del instrumental cultural e incluso biológico que les hubiera permitido hacer mejor uso de su superioridad numérica y conocimiento del terreno. Al final, la derrota de la civilización mesoamericana fue no sólo militar sino también, y sobre todo, política y moral, con muy pocos precedentes en la historia. El desmoronamiento de su centro —el imperio azteca— fue espectacular, y su capitulación incondicional fue, sí, militar, pero fundamentalmente espiritual: los dioses indígenas desertaron y abandonaron a su pueblo; el universo mesoamericano simplemente se colapsó sin posibilidad de recuperación.<sup>8</sup>

En la América del norte, la derrota de las sociedades indígenas, de demografía menos densa y estructura menos compleja, fue igualmente contundente pero paulatina, lo que permitió a esas sociedades nómadas sobreponerse a la sorpresa inicial y adoptar algunos recursos de guerra de los europeos —el caballo y las armas de fuego— y resistirlos hasta bien entrado el siglo XIX. En Mesoamérica, la rapidez y profundidad del proceso de conquista en sociedades complejas permitió a un grupo extraordinariamente reducido de europeos dominar tan completamente a una gran masa indígena —masa que disminuiría drásticamente a lo largo de los siglos XVI y XVII— y mestiza que, por tres siglos, no enfrentaría ningún intento de rebelión general.

La naturaleza de la dominación de los muchos por los pocos en la Nueva España se puede resumir en cifras: a mediados del siglo XVII los peninsulares y criollos representaban apenas 8.4% de la población, en tanto que los indígenas eran 86.3%.<sup>9</sup> Prácticamente todo el poder estaba con los primeros y casi nada con los segundos. Este tipo de dominación se llevó a cabo dentro de un marco jurídico que señaló la diferencia “de naturaleza” entre los súbditos. Una fue la “república de los indios” y otra la “república de los españoles”, cada una con derechos y obligaciones distintas. Mientras esta última era propia de la “gente de razón”, la primera se suponía que era la

<sup>8</sup> En torno de la tragedia de la derrota indígena, véase Miguel León Portilla, *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961.

<sup>9</sup> Sherburne Cook y Woodrow Borah, “Racial Groups in the Mexican Population since 1519”, en *Essays in Population History: Mexico and the Caribbean*, vol. II, Berkley, Ca., University of California Press, 1974, pp. 180-269.

que convenía a masas definidas por naturaleza como incapaces de alcanzar los supuestos altos niveles intelectuales y morales de la minoría europea y que, por su propio bien, tendrían que ser mantenidas siempre bajo tutela.<sup>10</sup>

La desigualdad esencial y permanente, entre minorías dirigentes y mayoría indígena y mestiza en la sociedad novohispana, fue una de las características fundamentales de su organización social y política; la otra fue su naturaleza corporativa —comunidades indígenas, gremios de comerciantes, de mineros, universidad, ejército, terratenientes, etcétera—, sobre la cual ejercían control la burocracia real y la Iglesia católica, una iglesia de Estado gracias a las disposiciones del Real Patronato, negociadas entre el Vaticano y Madrid. En esa estructura, la actividad económica giraba alrededor de un objetivo central: la satisfacción de las necesidades de una corona defensora de monopolios a favor de los productores en España y parcial en beneficio de una industria minera que la proveyera de metales preciosos para llevar adelante la compleja política de la monarquía española en sus interminables y costosas disputas en Europa. En principio, la burocracia real se encargó de vigilar la marcha de la Nueva España en el marco de una política centralizada —más en la teoría que en la práctica—, donde la autonomía de las decisiones estaba concentrada en los niveles primarios de la estructura administrativa —los cabildos—, con muy poca en los siguientes hasta casi desaparecer en el más alto. En suma, en la Nueva España también hubo áreas de autogobierno, pero de un tipo diferente de las de la América anglosajona, donde esa forma de autoridad arraigó con mucho más profundidad.<sup>11</sup>

En la América inglesa, desde el principio se aceptó la pluralidad de iglesias cristianas. En contraste, en la América española la acción y estructura administrativa de una iglesia única —la católica— fue lo que proveyó el elemento fundamental de unión cultural en un reino muy vasto y habitado por poblaciones indígenas heterogéneas, con poco o ningún contacto entre ellas, y que hablaban una pluralidad de lenguas. Justamente por ser la Iglesia católica la monopolizadora de la intermediación entre el pueblo y la divinidad, no fue indispensable desarrollar la alfabetización de los novohispanos, como sí lo fue en la América protestante, donde la práctica religiosa requería de cada creyente la lectura directa de la Biblia. Al inicio de la vida independiente, y en contraste con lo que sucedía en el norte, la

<sup>10</sup> La discusión en torno de la naturaleza de los indios tuvo su punto culminante en las dos posiciones antagónicas adoptadas por los teólogos españoles. Sobre el particular, véase Ángel Losada, *La polémica entre Sepúlveda y Las Casas y su impacto en la creación del moderno derecho internacional*, México, Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos, 1982.

<sup>11</sup> Una descripción y análisis de las instituciones novohispanas se encuentra en José Miranda, "España y Nueva España en la época de Felipe II", en *Estudios novohispanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, pp. 1-125.

abrumadora mayoría de la población mexicana era analfabeta; las cifras disponibles señalan que, al final del siglo XIX, 82% de los mexicanos mayores de diez años no sabían leer ni escribir.<sup>12</sup>

En suma, en el siglo XVIII y como resultado de la conjunción de las peculiaridades políticas, económicas y culturales ya señaladas, en la Nueva Inglaterra fue posible primero el surgimiento de fuertes identidades políticas regionales y luego de una mayor que llevó a la creación de un congreso, de una constitución y a la victoria contra las tropas del Rey Jorge III. En la Nueva España, la identidad básica fue la que provenía de la dualidad religión católica —especialmente el culto guadalupano— y lealtad al rey de España, por un lado, y la que nacía de la pertenencia a la comunidad para los indígenas o, en el caso de criollos y mestizos, de un sentido de clase y comarcano. Fue al final del siglo XVIII, y sólo entre segmentos de la minoría criolla, cuando empezó a surgir en la Nueva España un cierto sentimiento de patriotismo y de orgullo por lo propio, pero sin llegar a ser aún nacionalismo.<sup>13</sup> El mayor sentido de identidad colectiva interclasista provino del culto guadalupano, pero el nacionalismo mexicano propiamente dicho se fue construyendo penosamente a lo largo del siglo XIX.<sup>14</sup> Sólo al final de ese siglo e inicios del siguiente —cuando la red ferroviaria y la Revolución mexicana se mezclaron— es posible hablar de un real sentimiento nacionalista, porque fue entonces cuando apareció un Estado nacional relativamente efectivo y la idea de la nación mexicana encontró albergue en la conciencia popular como resultado, entre otros factores, del choque violento con el exterior —Estados Unidos y Francia—, de las nuevas vías de comunicación, del mercado nacional, la educación pública y la política social.

En suma, el desarrollo de la conciencia nacional tuvo lugar en Estados Unidos mucho antes que en México, y el retraso se reflejó en la relación entre los dos vecinos.

#### EL CONFLICTO ORIGINAL: DISPUTA TERRITORIAL. DESTINO MANIFIESTO Y DERROTA

Una vez lograda y consolidada su independencia, Estados Unidos desarrolló una visión sobre su interés nacional frente al resto de América que culmi-

<sup>12</sup> Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Estadísticas históricas de México*, 3ª ed., México, INEGI, 1994, p. 117.

<sup>13</sup> David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Ediciones Era, 1973.

<sup>14</sup> Enrique Florescano, *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus, 2002, caps. 7 y 8.

nó en el llamado “Destino Manifiesto”, es decir, en la idea de su predominio en el hemisferio occidental como resultado de la voluntad no sólo política sino también divina.<sup>15</sup> Esa visión teológica de la política internacional sirvió de gran marco para el desarrollo de la acción de Washington frente a un México social, cultural y geográficamente fragmentado, con una clase política dividida, sin instituciones estatales efectivas y con una hacienda pública en crisis permanente.<sup>16</sup>

En el inicio de la relación entre México y Estados Unidos, ya como estados nacionales, el tema central fue la disputa por ese enorme, poco poblado y casi desconocido territorio que habían sido las Provincias Internas de la Nueva España y la Nueva California. Cuando en 1819 Madrid y Washington firmaron el tratado Adams-Onís, que delimitaba la frontera entre Estados Unidos y la Nueva España,<sup>17</sup> el gobierno virreinal ya tenía noticias de los designios expansionistas de los estadounidenses. Su primer enviado diplomático al México independiente, Joel Poinsett, simplemente confirmó las sospechas al proponer, sin éxito, que el nuevo país le vendiera Texas al suyo.<sup>18</sup>

Teóricamente, la mejor solución a la indefensión del vasto norte mexicano consistía en un rápido poblamiento, pero tal empresa era imposible en un país de cuatro millones de kilómetros cuadrados, con apenas más de seis millones de habitantes concentrados en el centro y sur de su territorio y con una economía y fisco arruinados por la guerra de independencia. Por lo anterior, las nuevas autoridades se propusieron abrir la parte más amenazada de la zona fronteriza del norte —una provincia de Texas que, según los cálculos de Alejandro de Humbolt, apenas contaba con 13 000 habitantes— a la colonización extranjera, proceso que se había iniciado desde finales del periodo colonial. Fue justamente en ese intento demográfico por conser-

<sup>15</sup> El concepto “Destino Manifiesto” fue usado por primera vez por el periodista John L. O’Sullivan en la *Democratic Review*, publicada en Nueva York, y lo usó para resumir la idea de lo inevitable y legítimo del intento estadounidense de dominar todo el continente. Un diputado de Massachussets, Robert Wintrop, argumentó que el testamento de Adán autorizaba a Estados Unidos a gobernar todas las Américas; al respecto véase a Juan Antonio Ortega y Medina, *Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1989.

<sup>16</sup> A propósito de la difícil situación de las finanzas públicas en la primera mitad del siglo XIX, véase Barbara A. Tenenbaum, *México en la época de los agiotistas, 1821-1857*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

<sup>17</sup> La línea de la frontera común se iniciaba en el paralelo 42° en la California y bajaba hacia el sur a lo largo del río Arkansas, luego volvía a bajar y seguía a lo largo de los ríos Rojo y Sabinas en Texas hasta terminar en el Golfo de México. Esa fue la frontera norte que México heredó de España en 1821.

<sup>18</sup> En torno de la propuesta de Poinsett para adquirir por compra la provincia de Texas, véase José Fuentes Mares, *Poinsett. Historia de una gran intriga*, México, Editorial Jus, 1951, pp. 177-205.

var Texas cuando el gobierno mexicano sembró sin querer las semillas del “problema texano”, pues los permisos de colonización dados por España a empresarios estadounidenses, en vísperas de la inesperada independencia mexicana, se mantuvieron vigentes en la etapa nacional, pero los contratistas no habrían de cumplir con una condición esencial: que las familias de colonos fuesen católicas —irlandesas, por ejemplo— y no trajesen consigo la institución de la esclavitud. El crecimiento de la colonia protestante y esclavista en Texas pronto llegó a sobrepasar a la población mexicana y Texas se convirtió en un espacio donde confluyeron todas las diferencias de intereses y de cultura entre mexicanos y estadounidenses.<sup>19</sup> En una situación donde el flujo migratorio de Europa alimentaba la expansión hacia el oeste y donde la flamante República Mexicana tenía todas las debilidades posibles, el choque y su resultado fueron casi inevitables.

A los factores ya enumerados, hay que añadir otros para entender cabalmente el desenlace de la contradicción México-Estados Unidos. La amenaza de una reconquista española, el desacuerdo básico y profundo entre las élites mexicanas en torno del arreglo institucional que más convenía a la nueva nación —masones del rito yorkino contra masones del rito escocés, republicanos contra monárquicos, centralistas contra federalistas— y, sobre todo, una sociedad que salía de la etapa colonial profundamente dividida en términos de clase y raza hacía imposible que el sentimiento de unidad nacional tuviera una fuerza equiparable a la que ya tenía en Estados Unidos. La desunión amenazaba con fragmentar México lo mismo en el norte que en el sur, pero fue en 1836, en Texas, donde finalmente las fuerzas centrfugas (alentadas por Estados Unidos) lograron hacer efectiva la separación y la independencia tras derrotar a un ejército mexicano mal preparado y equipado y peor dirigido.<sup>20</sup>

<sup>19</sup> En torno del problema de la colonización de Texas por estadounidenses, véase Josefina Zoraida Vázquez, *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores*, t. I, México, Senado de la República, 1990, pp. 51-102.

<sup>20</sup> Es frecuente encontrar en la literatura estadounidense interpretaciones que culpan a México de la mutilación territorial por no haber reconocido la independencia texana o su anexión a Estados Unidos, haberse negado a la venta de un territorio que de todos modos perdería cuando Polk la solicitó y el atraso en el pago de poco más de tres millones de pesos por reclamaciones. La pérdida de Texas significó un cambio radical en la historia del país. La colonización del septentrión de la Nueva España fue una preocupación tanto de la metrópoli como de los novohispanos. Los tratados Adams-Onís de 1819 otorgaban generosas concesiones a ciudadanos españoles que hubieran sido afectados por la pérdida de territorios en las colonias del imperio. Concretada la independencia de México, la familia Austin y otros estadounidenses aprovecharon la disposición del gobierno central de promover la colonización de las zonas deshabitadas del norte del país para establecerse. Era lógico que la colonización acarrearía conflictos con los estadounidenses que, dado su furor expansionista, deseaban obtener

En buena medida fue la propia debilidad del sistema político mexicano la que impidió al gobierno negociar la paz con Texas y cerrar ahí el problemático capítulo. Al final de los años treinta del siglo XIX, México no estaba en posibilidades de reconquistar la provincia perdida y, de haber seguido el consejo dado por Gran Bretaña de reconocer la independencia texana y alentar la consolidación de la nueva república —después de todo, la República de Texas fue una realidad por varios años—, ésta hubiera podido servir de espacio intermedio entre México y Estados Unidos. Si finalmente ningún gobierno pudo aceptar el consejo británico —que tenía apoyo en algunos círculos mexicanos— fue por debilidad: aquel gobierno mexicano que hubiera reconocido a Texas se habría deslegitimado y debilitado frente a sus adversarios internos.<sup>21</sup> El resultado final fue el peor de todos los posibles: Texas no permaneció independiente sino que optó por incorporarse a la Unión Americana argumentando, entre otras, razones de seguridad. La unión de Texas a Estados Unidos se consumó en 1845 y el presidente James Polk aprovechó la coyuntura para reclamar una frontera texana más allá de su límite tradicional —el río Nueces—, lo que desembocó en un choque con México y luego en una invasión del país. Polk usó esa invasión para expandirse hasta el Pacífico a costa de México y reforzar temporalmente una unidad estadounidense que estaba experimentando severas tensiones entre en norte y el sur.<sup>22</sup>

el territorio de Texas, por lo menos, desde la compra de la Louisiana. A pesar de las múltiples excepciones y privilegios de que fueron objeto, los texanos se mostraban inconformes, entre otras cosas por la resistencia del gobierno mexicano a reconocer la legalidad del esclavismo. En 1835, cuando el país se encontraba inmerso en la lucha entre centralistas y federalistas, los texanos declararon roto su pacto con México y establecieron un gobierno estatal provisional. El general Antonio López de Santa Anna trató de recuperar el territorio por las armas pero fue derrotado, tomado preso y obligado a firmar dos tratados en que se comprometía a no volver a atacar Texas y a realizar las gestiones necesarias para que su independencia con fronteras hasta el río Bravo fuera reconocida. El inicio de la vida independiente de Texas, mientras en México la inestabilidad política se acentuaba, fortaleció los proyectos expansionistas estadounidenses que desembocaron en la invasión de 1847. La firma del tratado de paz de Guadalupe-Hidalgo, el 2 de febrero de 1848, daría el golpe de gracia a la integridad original del territorio mexicano. México tuvo entonces que ceder alrededor de la mitad de su territorio a cambio de una indemnización de 15 millones y la promesa de no recibir reclamaciones de guerra. Desde entonces, este episodio de la historia bilateral ha sido central en la percepción mexicana de la política estadounidense.

<sup>21</sup> David M. Pletcher, *The Diplomacy of Annexation: Texas, Oregon and the Mexican War*, Columbia, Mo., University of Missouri Press, 1973, pp. 75, 165, 370, 452-454, 541-542 y 594; Lorenzo Meyer, *Su majestad británica contra la Revolución mexicana, 1900-1950. El fin de un imperio informal*, México, El Colegio de México, 1991, pp. 44-46.

<sup>22</sup> La naturaleza y efectos de la guerra en México se encuentran desmenuzados en Josefina Zoraida Vázquez (comp.), *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos, (1846-1848)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, y en *México y el mundo*, t. II, *México y el expansionismo*

México perdió la guerra en 1847 y su clase dirigente se negó a continuar el conflicto por la vía de la resistencia popular: la guerra de guerrillas. La clase política consideró muy arriesgado movilizar para la resistencia a las clases subordinadas —eran, por definición y después de la guerra de independencia, las “clases peligrosas”—, pues se podía perder el control sobre las mismas, como se acababa de ver en San Luis Potosí y en los días en que el pueblo de la ciudad de México se enfrentó a los ocupantes estadounidenses.<sup>23</sup> En virtud del tratado de Guadalupe Hidalgo de 1848, los dirigentes de la joven República Mexicana consideraron que no había alternativa y aceptaron formal y definitivamente la pérdida de los enormes territorios del norte, de la Alta California a Texas —hasta entonces y para México más una promesa que una realidad—, que muy pronto serían el escenario de la gran expansión estadounidense al oeste.<sup>24</sup> Las últimas líneas de este difícil capítulo se escribieron cuando el gobierno de Santa Anna tuvo que enfrentarse a la petición de Washington de venderle una parte adicional en la frontera con Arizona: La Mesilla. La venta fue hecha en diciembre de 1853 bajo presión, pues detrás de ella estaba la amenaza de un nuevo uso de la fuerza. Conviene notar que el presidente mexicano se decidió entonces por la opción que ofrecía la compensación más baja pero minimizaba la pérdida territorial, al no ceder a Washington la Baja California y una parte mayor del norte del país.<sup>25</sup> De todas maneras, el desprestigio de Santa Anna por tal cesión es un factor explicativo de su caída final.

La guerra del 47 fue un desastre que dejó una profunda huella en la conciencia de las clases dirigentes de la época, pero que con el correr del tiempo se trasladaría a la conciencia popular, donde permanece hasta la actualidad.

Después del triunfo en 1855 de la llamada “Revolución de Ayuda” y, sobre todo, tras la promulgación de la Constitución de 1857, la polarización y el concono de la vida política mexicana desembocaron en una guerra sin cuartel entre liberales y conservadores. La lucha entre las facciones fue el río revuelto en donde lanzaron sus redes las potencias extranjeras con-

---

norteamericano, México, El Colegio de México-Senado de la República, 2000. Véase también la interesante selección de testimonios en Krystyna M. Libura *et al.*, *Ecos de la guerra entre Estados Unidos y México*, México, Ediciones Tecolote, 2004.

<sup>23</sup> El tema de las posibilidades de resistir a los invasores mediante la guerra de guerrillas lo abordan Tomás Calvillo Unna y María Isabel Monroy Castillo, “Entre regionalismo y federalismo: San Luis Potosí, 1846-1848”, en Josefina Zoraida Vázquez (comp.), *op. cit.*, pp. 417-454.

<sup>24</sup> Una síntesis de la negociación y del tratado de paz con Estados Unidos se encuentra en Vázquez, *México y el mundo...*, *op. cit.*, pp. 139-150.

<sup>25</sup> Patricia Galeana, *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores. La disputa por la soberanía (1848-1876)*, México, Senado de la República, 1990, pp. 62-64.

fiando en pescar los fragmentos en que amenazaba dividirse el país. Fue en 1859, en un momento de empate catastrófico en el campo de batalla entre liberales y conservadores, cuando el gobierno de Washington ofreció su apoyo político a los primeros, pero no como un acto de solidaridad republicana y liberal, sino como una nueva oportunidad para expandirse a costa de la soberanía de su vecino. En efecto, fue entonces cuando Washington decidió presentar a México, a cambio de su apoyo político y de un préstamo (cuatro millones de pesos), un proyecto de tratado —el McLane-Ocampo— en virtud del cual Estados Unidos recibiría del gobierno encabezado por Benito Juárez —en ese momento entre la espada y el mar, en Veracruz— el derecho de tránsito a perpetuidad en Tehuantepec y en dos carreteras que partirían de algún punto de la frontera norte a puertos en las costas mexicanas del Golfo de California y Golfo de México.<sup>26</sup> Juárez y los liberales, a punto de ser aniquilados, aceptaron las duras condiciones de la alianza pero, por divisiones internas, el Senado estadounidense se negó a ratificar el documento —los norteños vieron en el tratado propuesto una ventaja para los sureños— y justo entonces los juaristas lograron romper el cerco que les habían tendido los conservadores en Veracruz. Una vez pasada la emergencia, Juárez ya no volvió a considerar la posibilidad de hipotecar el control de zonas estratégicas del territorio nacional a cambio de salvar el proyecto de reforma política, aunque sí mantuvo su cercanía política con Estados Unidos. Los conservadores, aprovechando que Estados Unidos se sumió en una guerra civil en 1861 y no podía evitar la expansión de la influencia francesa en lo que desde entonces se empezó a llamar, para irritación de España, la América Latina, se lanzaron a dar forma a un segundo imperio apoyado militar y políticamente por Francia y con un Habsburgo —la casa real en el origen de la Nueva España— como emperador.

Al finalizar la guerra civil estadounidense con el triunfo del norte, Washington pudo ejercer una presión abierta sobre París para que se retirara la fuerza expedicionaria de México, factor que contribuyó a la derrota final del imperio y a la restauración de la república. Tras el triunfo militar de la Unión en Estados Unidos, las energías de ese país se dirigieron a terminar de poblar el oeste y a concluir su revolución industrial. En virtud de

<sup>26</sup> En la historiografía mexicana, el tratado McLane-Ocampo ha sido motivo de debate entre la interpretación relativamente favorable a la decisión de los liberales y aquella que los condena por haber atentado contra la integridad nacional. Ejemplos de la primera posición son los trabajos de Fernando Iglesias Calderón, *Las supuestas traiciones de Juárez*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972, y Agustín Cué Cánovas, *El Tratado McLane-Ocampo*, 2ª ed., México, Consejo Editorial del Gobierno de Tabasco, 1980. Un análisis opuesto, que califica el tratado como un pacto intervencionista y una cesión permanente de soberanía, se tiene en Francisco Bulnes, *Juárez y las revoluciones de Ayutla y Reforma*, 2ª ed., México, Ed. H. T. Milenario, 1967.

lo anterior, la presión por tomar o controlar directamente más territorio mexicano casi desapareció, lo cual no impidió que los temores mexicanos en este campo se mantuvieran muy vivos hasta bien entrado el siglo XX, y aún no se han disipado del todo. Como sea, la prohibición constitucional de que los extranjeros tengan propiedades en las costas y en las fronteras tiene su raíz en lo acontecido en esa época.

#### LA INTERVENCIÓN EN LOS ASUNTOS INTERNOS DE UNA SOCIEDAD DESCOYUNTADA Y CON UN SISTEMA POLÍTICO INACABADO

Desde el inicio, Estados Unidos se metió de lleno en los asuntos internos de México como una forma de aprovechar a su favor las profundas divisiones de la clase política mexicana. Por ello el ministro Poinsett casi se convirtió en cabeza de los masones mexicanos de la Logia Yorkina —el origen del grupo político liberal y federalista— en pugna con los elementos más conservadores identificados con la Logia Escocesa, que contaba con la simpatía del representante diplomático de Gran Bretaña. La inmersión de Poinsett en los conflictos de la dirigencia mexicana fue tan evidente y a fondo que, al final, el gobierno de México debió pedir a Washington el retiro de su representante.<sup>27</sup>

En 1846, como parte de una maniobra política para lograr poner en el caótico gobierno mexicano a un personaje bien dispuesto a firmar la paz, la flota estadounidense que bloqueaba Veracruz dejó pasar al exiliado general Antonio López de Santa Anna para que volviera a tomar el poder en México —en esa ocasión en nombre del federalismo y de la Constitución de 1824— y firmara rápidamente la paz en los términos deseados por Washington. Esta vez la manipulación del conflicto interno mexicano no condujo al desenlace deseado por Estados Unidos, pues Santa Anna no negoció la rendición sino todo lo contrario: se convirtió en el líder del combate al invasor. Al final, los estadounidenses llevaron a cabo su proyecto, pero a un costo mayor que el que habrían pagado si hubiera tenido éxito su proyecto original.

Como ya quedó asentado, en la Guerra de Reforma, Washington decidió echar su peso del lado de uno de los contendientes. El 6 de abril de 1859 dio su reconocimiento a la facción más débil, entonces la liberal, a pesar de que su práctica diplomática exigía reconocer al gobierno que tuviera el control de la mayor parte del territorio nacional, que en ese momento era el conservador. Esta maniobra se explica por lo que aconteció poco después: la firma del ya mencionado tratado McLane-Ocampo. En las aguas revuel-

<sup>27</sup> Véase la obra ya citada de Fuentes Mares sobre Poinsett.

tas por la desintegración política de México, el pescador estadounidense pareció atrapar entonces una gran pieza, aunque al final la dejó escapar y así la alianza de Juárez con Estados Unidos terminó por funcionar a favor del primero, el más débil. En efecto, la armada estadounidense interceptó y se llevó a Nueva Orleans los buques de guerra adquiridos por los conservadores en Cuba, lo que frustró el asalto planeado por el general Miguel Miramón —atacar simultáneamente por mar y tierra Veracruz— para dar el golpe final al gobierno de Juárez refugiado en ese puerto.<sup>28</sup> Esa circunstancia permitió a las fuerzas liberales retomar la iniciativa e imponerse a sus enemigos en la batalla de Calpulalpan, en diciembre de 1860.

Cuando el aliado estadounidense de los liberales mexicanos entró en la gran crisis política que desembocaría en una feroz guerra civil, los conservadores mexicanos pudieron negociar con éxito el apoyo de Napoleón III y lo comprometieron en una empresa imperial de gran magnitud, justo cuando Francia también se apoderaba de Indochina. El apoyo francés al proyecto conservador se pagaría haciendo de México un “Estado cliente” de París y deteniendo la expansión de la influencia estadounidense hacia el sur del continente. Sin embargo, cuando en 1865 las fuerzas de la Unión se impusieron a sangre y fuego sobre las de la Confederación, Washington, en nombre de la “Doctrina Monroe”, volvió a echar su peso del lado de Juárez, lo que obligaría a Francia a acelerar el cierre de su “aventura mexicana”.

Con la restauración de la república en 1867, los liberales impusieron por primera vez en el México independiente el orden propio de un Estado nacional. Tres lustros más tarde ya se habrían echado los cimientos de una dictadura liberal, cuyo fruto fue la larga “paz porfiriana”. Esa estabilidad política llevó a la reanudación del crecimiento económico suspendido a raíz de la guerra de independencia. Ese proceso de crecimiento y modernización mexicano resultó muy modesto comparado con la espectacular revolución industrial estadounidense, con las nuevas oleadas de inmigrantes europeos para poblar el oeste de ese país y con un proceso de rápida concentración de capital.<sup>29</sup> En esas condiciones, Washington no tuvo ya necesidad ni incentivos para intervenir de manera abierta en el proceso político

<sup>28</sup> Fuentes Mares, *Juárez: los Estados Unidos y Europa*, México, Grijalbo, 1981, pp. 169-177.

<sup>29</sup> Véanse Edwar C. Kirkland, *Historia económica de Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941, caps. 11-14; Victor S. Clark, *History of Manufactures in the United States*, vol. II, 1860-1893, Nueva York, McGraw-Hill, 1929. Para una visión sintética de este proceso histórico, véase Alfred D. Chandler, Jr., “The Role of Business in the United States: A Historical Survey”, en Harry F. Dahms (ed.), *Transformations of Capitalism, Economy, Society, and the State in Modern Times*, Nueva York, New York University Press, 2000, pp. 33-50. Un buen acercamiento a los antecedentes de la industrialización de Estados Unidos se encuentra en Allan Kulikoff, *The Agrarian Origins of American Capitalism*, cap. 8, Charlottesville, Vir., University Press of Virginia, 1992.

mexicano; la dirigencia estadounidense confió plenamente en la capacidad del general Díaz para mantener las condiciones necesarias para la expansión de su capital en los sectores más dinámicos de la economía mexicana: ferrocarriles, minería, agricultura de exportación, banca, petróleo, etc.<sup>30</sup> Cuando en 1911 Díaz fue obligado a dejar el poder y la inestabilidad volvió a ser la nota dominante de la política mexicana, una nueva intervención de Washington en asuntos internos de su vecino del sur se hizo inevitable. Y esa intervención daría un nuevo impulso a un nacionalismo que ya había salido de su lugar de origen, que eran las capas dirigentes, para empezar a permear en los grupos mayoritarios.

#### YA NO MÁS EL DESIERTO SINO UNA VECINDAD PROBLEMÁTICA

Con la adquisición por conquista del norte del país por Estados Unidos, el desierto dejó de separar a las sociedades estadounidense y mexicana y ambas se vieron obligadas a entrar en contacto permanente en la nueva frontera. El principal problema de esa convivencia es que se llevó a cabo en el marco de una autoridad gubernamental muy débil en el lado mexicano y de un notable crecimiento del poderío del otro lado.

En la segunda mitad del siglo XIX, la falta de control de la autoridad en la frontera se convirtió en una nueva fuente de tensión y conflicto entre México y Estados Unidos. Para empezar, estaba la acción de los indios bravos que cruzaban la frontera para atacar y robar poblaciones mexicanas aisladas y desprotegidas. Otro punto de tensión fue el robo de ganado; los propietarios texanos se quejaron por mucho tiempo de la acción de abigeos mexicanos protegidos por las autoridades de Tamaulipas; por su parte, los mexicanos se quejaron de incursiones constantes de texanos para llevarse su ganado so pretexto de restituir sus pérdidas. Y desde luego estaba el tema del contrabando. En la zona norte de México se podía introducir mercancías europeas libres de aranceles, y Washington sostenía que parte de esos bienes terminaban en Estados Unidos sin el debido pago de impuestos.<sup>31</sup>

<sup>30</sup> Sobre el monto, naturaleza y dinámica de la inversión estadounidense en el porfiriato se puede consultar a Luis Nocolau D'Olwer, "Las inversiones extranjeras", en Daniel Cosío Villegas (ed.), *Historia moderna de México*, tomo VIII, *El porfiriato. La vida económica*, México, Editorial Hermes, 1965, pp. 973-1185.

<sup>31</sup> Algunos recuentos históricos y anécdotas relativas al papel de los comanches, apaches, kikapoos y demás nativos en la frontera norte pueden encontrarse en Luis González y González, "Los bárbaros de la frontera norte", en Daniel Cosío Villegas (ed.), *Historia moderna de México*, tomo III, *La república restaurada. La vida social*, México, Editorial Hermes, 1956, pp. 176-204. Fue hasta la década final del siglo XIX cuando los conflictos producidos por el

A los *rangers* texanos, lo mismo que al ejército estadounidense, les dio por cruzar la frontera e internarse en México para la persecución “en caliente” de indios, ladrones de ganado o contrabandistas. Las protestas mexicanas no sirvieron para detener los numerosos cruces no autorizados. México propuso entonces a su vecino un acuerdo que permitiera a ambos países la persecución “en caliente” en el territorio del otro hasta encontrar una autoridad local a quien dejar la responsabilidad de continuar con la tarea, pero Estados Unidos se negó. La unilateralidad fue el privilegio del poderoso.<sup>32</sup>

Al inicio del gobierno del general Porfirio Díaz, la frontera llegó a ser un problema tan serio que el Departamento de Guerra de los Estados Unidos preparó un plan de contingencia para ocupar militarmente una franja a lo largo de la línea divisoria con México como única forma de introducir orden y proteger vidas e intereses estadounidenses. En 1877, *The New York Herald* fue más lejos y publicó un mapa donde se reflejaba su demanda de ocupar y anexar de manera permanente los estados de Baja California, Sonora, Chihuahua y Coahuila más parte de Sinaloa, Durango y Nuevo León.<sup>33</sup> Ante tal amenaza, el gobierno de Díaz decidió correr el riesgo político de enviar y estacionar un importante cuerpo de tropas en la frontera —el riesgo era que el responsable de esa fuerza se revelara contra un gobierno central que apenas estaba echando raíces—, y remover de su puesto a los jefes con arraigo local pero de los que se sospechaba que auspiciaban las actividades que irritaban a los estadounidenses.<sup>34</sup> Sin embargo, la presión de éstos encontró su límite en la zona franca; Díaz, como antes Juárez, se negó a suprimirla,

---

abigeato aminoraron; cfr. Moisés González Navarro, “Moral social”, en Daniel Cosío Villegas (ed.), *Historia moderna de México*, tomo IV, *El porfiriato. La vida social*, México, Editorial Hermes, 1957, p. 428. El asunto del contrabando en los años posteriores a la invasión estadounidense se relacionaba directamente con las condiciones de la firma de los tratados de Guadalupe-Hidalgo, a cuyo amparo los agentes aduanales importaban productos desembarcados años después como si hubiesen llegado libres de aranceles durante la ocupación. Manuel Payno, ministro de Hacienda, señaló en 1850 de manera inequívoca que los estadounidenses, “especuladores y emprendedores cual pocas otras naciones, no dejarían escapar una tan favorable ocasión para ganar dinero, introduciendo sus manufacturas y las de otros países al territorio mexicano sin pagar derechos”: Walther L. Bernecker, *Contrabando, ilegalidad y corrupción en el México del siglo XIX*, México, Universidad Iberoamericana, 1994, p. 50. Sobre la animadversión acumulada durante el siglo XIX por el gobierno mexicano hacia el capital estadounidense en sectores como los ferrocarriles, véase Francisco R. Calderón, “Entre el fuerte y el débil”, en Daniel Cosío Villegas (ed.), *Historia moderna de México*, tomo II, *La república restaurada. La vida económica*, México, Editorial Hermes, 1955, pp. 711-742.

<sup>32</sup> Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México*, tomo VI, *El porfiriato. La vida política exterior*, parte segunda, México, Editorial Hermes, 1963, pp. 41-93.

<sup>33</sup> Edición del 17 de julio de 1877.

<sup>34</sup> Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México*, tomo VI, *El porfiriato. La vida política exterior*, parte segunda, México, Editorial Hermes, 1963, pp. 94-97.

pues ambos temieron más la reacción de la población fronteriza mexicana, que hubiera tomado de manera muy negativa la desaparición de un elemento central en su forma de vida, que la presión estadounidense.

Para Daniel Cosío Villegas, fue el poblamiento de la zona fronteriza y la desaparición del “desierto” entre los dos países lo que finalmente trajo una mayor presencia del Estado a ambos lados de la frontera; con ello se creó un orden relativo, lo que puso punto final al cruce de tropas estadounidenses hacia el territorio mexicano. Y el tema del contrabando se resolvió con la industrialización de Estados Unidos. Así, de una manera paulatina, al finalizar el siglo XIX fue desapareciendo la gran tensión entre México y Washington por los asuntos fronterizos.<sup>35</sup> Sin embargo, la violación sistemática de la frontera mexicana en esos años se sumó a las causas ya existentes del resentimiento mexicano.

Seríajustamente al entrar en crisis el régimen porfirista —es decir, un factor interno mexicano— cuando la frontera volvería a ser foco de tensión, pero esta vez la dirección de las demandas sería, para variar, de sur a norte, al menos al principio. En efecto, el problema más agudo fue el uso de la zona fronteriza estadounidense como santuario por los opositores del gobierno de Díaz. Ahí desarrolló el antiporfirismo actividades de propaganda, reclutamiento y abastecimiento de materiales de guerra. Los casos más significativos, que no únicos, fueron los de los seguidores de los hermanos Flores Magón y de los de Francisco I. Madero. Una y otra vez, el gobierno porfirista protestó y se sintió agredido por la libertad de acción de que gozaron sus opositores en territorio estadounidense. Washington, por su parte, les siguió la pista a los descontentos, pero sólo pudo actuar cuando abiertamente éstos violaron las leyes de neutralidad. Así, las autoridades estuvieron a punto de detener en Texas a Madero y a un grupo de sus seguidores, pero el líder revolucionario logró retornar a México.<sup>36</sup> Ricardo Flores Magón, en cambio, sí terminaría en una prisión de Estados Unidos. En fin, que el problema se complicó cuando, con el paso del tiempo, la rebelión antiporfirista se convirtió en revolución y grupos cada vez más numerosos de las facciones revolucionarias, y también de las contrarrevolucionarias, usaron

<sup>35</sup> En torno de la gama de problemas fronterizos en la república restaurada y el inicio del porfiriato, véase Cosío Villegas, *Estados Unidos contra Porfirio Díaz*, México, Clío/El Colegio Nacional, 1997.

<sup>36</sup> La bibliografía sobre las actividades políticas de los mexicanos en la zona estadounidense de la frontera es abundante; véanse, entre otros, Linda B. May y Don M. Coercer, *Revolución en la frontera*, México, Conaculta, 1995; Lowell L. Blaisdell, *The Desert Revolution: Baja California, 1911*, Madison, University of Wisconsin Press, 1962; Kevin W. Boggs, *The Madero Revolution: Overcoming Obstacles on Both Sides of the Border*, tesis de maestría, Michigan State University, 1992.

sistemáticamente la zona fronteriza estadounidense como santuario en los dos decenios siguientes.<sup>37</sup>

#### UNA REVOLUCIÓN INTERVENIDA, AUNQUE NO SUPRIMIDA

La sorpresiva destrucción del primer Estado de orden del México independiente —el porfirista— dio paso a una revolución política primero y social después que, por momentos, hizo que al sur del Bravo se perdiera no sólo la estabilidad sino el Estado mismo. Sólo a partir de 1916 y con desesperante lentitud, fue emergiendo en México un nuevo orden y un nuevo régimen. Para finales de 1940 ese régimen tenía como centro un presidencialismo sin contrapesos, montado sobre un partido de Estado que, a su vez, se sostenía en el ejército, más tres grandes estructuras corporativas donde se encuadraban los campesinos favorecidos con la reforma agraria, los trabajadores sindicalizados y partes de la pequeña pero estratégica clase media.<sup>38</sup>

Cuando se colapsó el orden porfirista, Estados Unidos era ya toda una potencia imperial. En efecto, en 1898 había derrotado sin dificultad a España y le había arrancado Filipinas y Puerto Rico, a Cuba la convirtió en un cuasi protectorado y en 1903 había desprendido a Panamá de Colombia para construir ahí un canal interoceánico bajo su control directo. En Japón y China, Estados Unidos era un factor externo importante, y pronto la Primera Guerra Mundial le abriría la oportunidad de colocarse como una de las grandes potencias. Casi desde su inicio, el siglo XX se mostró como “el siglo estadounidense”. En esas condiciones resultó inevitable que la Revolución mexicana (1910-1920) fuera, como bien lo señalara Berta Ulloa, una “revolución intervenida”.<sup>39</sup>

La gama de instrumentos que Washington usó para controlar el caótico e impredecible proceso mexicano durante el segundo decenio del siglo XX fue notable: protestas y presiones diplomáticas y consulares, apoyo a un

<sup>37</sup> Sobre el tema, pueden consultarse, entre otros, Rodolfo Rocha, *The Influence of the Mexican Revolution on the Mexico-Texas Border, 1910-1916*, tesis doctoral, Texas Tech University, 1981; Clarence C. Clendenen, *Blood on the Border: The United States Army and the Mexican Irregulars*, Nueva York, MacMillan, 1969; Charles H. Harris III y Louis R. Sadler, *The Border and the Revolution: Clandestine Activities of the Mexican Revolution, 1910-1920*, Silver City, Nuevo Mexico, High-Lonsome Books, 1988.

<sup>38</sup> Daniel Cosío Villegas, *El sistema político mexicano: las posibilidades de cambio*, México, Joaquín Mortiz, 1972; Arnaldo Córdova, *La formación del poder político en México*, México, Ediciones Era, 1972.

<sup>39</sup> Berta Ulloa, *La revolución intervenida: relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos, 1910-1914*, México, El Colegio de México, 1971.

golpe militar, enviados presidenciales ante las principales facciones revolucionarias, control sobre los grupos mexicanos en la frontera, cierre de esta misma a cierto tipo de intercambios económicos y militares, acuerdos con terceros países para la adopción de políticas comunes frente a México, ofrecimientos de mediación, movilización de tropas a la frontera y de buques de guerra a los puertos mexicanos, amenazas de acciones bélicas y ocupación militar del principal puerto marítimo del país (Veracruz), envío de una fuerza expedicionaria a Chihuahua en 1916 o negativa u otorgamiento del reconocimiento diplomático, entre otros.<sup>40</sup>

Las acciones estadounidenses en el México revolucionario tuvieron una multiplicidad de objetivos: de la protección de individuos e intereses concretos a la formulación de reclamaciones generales, desde la neutralización de proyectos de algunas potencias europeas hasta la oposición a políticas generales de corte nacionalista como fueron las reformas agraria o petrolera. Esas acciones no fueron siempre sistemáticas ni coherentes y en ocasiones resultaron contradictorias en extremo. Así, por ejemplo, en 1913 el embajador estadounidense apoyó el golpe militar de Victoriano Huerta contra el presidente Francisco I. Madero, pero unos cuantos meses más tarde Woodrow Wilson, el presidente recién llegado al poder, se propuso como prioridad en su política mexicana el poner fin al régimen militar, y para ello facilitó el triunfo de sus adversarios, los constitucionalistas. La razón de la contradicción anterior se encuentra en dos formulaciones diferentes del interés estadounidense en México; mientras que el embajador buscaba la preservación del *statu quo*, el otro, al fin profesor de ciencia política, busca-

<sup>40</sup> Para revisar los conflictos con Estados Unidos durante la Revolución mexicana desde la perspectiva, no siempre parcial, de los estadounidenses, véanse Larry D. Hill, *Emissaries to a Revolution, Woodrow Wilson's Executive Agents in Mexico*, Clinton, Mass., Louisiana State University Press, 1973; Robert Freeman Smith, *The United States and Revolutionary Nationalism in Mexico, 1916-1932*, Chicago, The University of Chicago Press, 1972, pp. 1-132; John Mason Hart, *Revolutionary Mexico: The Coming and Process of the Mexican Revolution*, Berkeley, University of California Press, 1997, cap. 9; Linda B. Hall y Don M. Coerver, *Revolution on the Border. The United States and Mexico, 1910-1920*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1988; Karl M. Schmitt, *Mexico and the United States, 1821-1973: Conflict and Coexistence*, Nueva York, John Wiley & Sons/University of Texas, 1974, caps. 5 y 6; Daniel Nugent (ed.), *Rural Revolt in Mexico and U.S. Intervention*, San Diego, Center for U.S.-Mexican Studies, 1988, sobre todo los caps. 1-5 y 9-11; Howard Francis Cline, *The United States and Mexico*, Nueva York, Atheneum/Harvard University Press, 1963, pp. 113-213. Desde el punto de vista mexicano este periodo es abordado por Lorenzo Meyer, *Los grupos de presión extranjeros en el México revolucionario*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1973; Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico, 1776-1980*, México, El Colegio de México, 1982, caps. 6 y 7; Luis G. Zorrilla, *Historia de la relaciones entre México y los Estados Unidos de América, 1800-1958*, tomo II, México, Editorial Porrúa, 1966, especialmente las pp. 211-482.

ba la creación de instituciones legítimas que garantizaran ese orden en el largo plazo, aunque en el corto produjeran mayor inestabilidad.<sup>41</sup>

La intervención estadounidense tuvo éxitos —la destrucción del gobierno de Huerta, por ejemplo— y un buen número de fracasos —la mediación intentada por Washington con el apoyo de Argentina, Brasil y Chile para lograr el ascenso de un gobierno “neutral”, también por ejemplo—, pero un resultado no buscado aunque inevitable fue agudizar el sentimiento nacionalista en México y popularizar la idea de que el interés nacional mexicano —el interés de las masas, ya que ellas eran las supuestas beneficiarias de la Revolución— y el estadounidense tenían pocos puntos en común.

Es importante notar que la parte más violenta de la Revolución mexicana y la adopción de una constitución nacionalista tuvieron lugar poco antes de que los bolcheviques tomaran el poder en Rusia. Esa secuencia de las dos primeras revoluciones del siglo XX permitió que, en su fase fundamental, la mexicana fuera mal vista en muchos círculos estadounidenses y europeos, pero sin que llegara a despertar el fuerte antagonismo que cualquier intento revolucionario provocaba en los países dominantes una vez que el anticomunismo se instaló en sus cancillerías y círculos influyentes.<sup>42</sup> Claro que, al surgir nuevas diferencias entre Estados Unidos y México en los años veinte, ya se pudo acusar de comunistas o instrumentos de los comunistas a los dirigentes mexicanos cuando perseguían simples políticas nacionalistas, como fue el caso de los presidentes Plutarco Elias Calles y Lázaro Cárdenas.<sup>43</sup>

<sup>41</sup> El proyecto mexicano del presidente Wilson se encuentra en varios discursos y documentos redactados por él mismo. Al respecto consúltense los tomos apropiados en Arthur S. Link, *The Papers of Woodrow Wilson*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1978.

<sup>42</sup> En su etapa inicial, los revolucionarios mexicanos tuvieron como bandera simplemente la implantación de un sistema democrático, justo como el que imperaba en Estados Unidos; de ahí que su legitimidad original no pudo ser cuestionada como sí lo fue la de los bolcheviques rusos.

<sup>43</sup> En diversos documentos y declaraciones de políticos estadounidenses, el gobierno de Plutarco Elias Calles fue acusado de comunista y bolchevique (State Department, “Bolshevik Aims and Policies in México and Latin America”, Washington, D.C., enero de 1927, reporte del Departamento de Estado al Congreso de Estados Unidos). Baste decir que algunos autores llegaron a señalarlo como “una amenaza a la civilización americana”. William English Walling, *The Mexican Question; México and American-Mexican Relations under Calles and Obregon*, Nueva York, Robins Press, 1927, p. 178. Paradójicamente, cuando Calles es deportado por Cárdenas a Texas, cuenta un observador de la época, los periódicos estadounidenses explicaron que había sido desterrado porque era enemigo del comunismo al grado de llevar consigo un ejemplar de *Mein Kampf* de Hitler. Este mismo autor puntualiza que los enemigos del gobierno de Lázaro Cárdenas acusaban al michoacano de comunista. Estas acusaciones se fundamentaban en sus simpatías colectivistas que de ninguna manera eran suficientes para catalogarlo como un socialista doctrinario. Henry Bamford Parkes, *A History of México*, Cambridge, Mass., The Riverside Press, 1950, pp. 401, 406. Ante los múltiples ataques que trataban de catalogar la reforma agra-

La coincidencia de la fase más violenta de la guerra civil mexicana con el estallido de la Gran Guerra en Europa, en el otoño de 1914, llevó a que el gobierno de Washington desviara el centro de su atención internacional de México al viejo continente, lo cual no significa que “el problema mexicano” perdiera importancia relativa en la Casa Blanca y en las cancillerías europeas. Lo anterior permitió que los acontecimientos en México se desarrollaran en esos cuatro años de guerra mundial con menos interferencia externa de la que hubiera habido en un mundo en paz.<sup>44</sup>

Cuando el régimen militarista de Victoriano Huerta fue destruido y la revolución se desarrolló hasta sus últimas consecuencias, Estados Unidos aprovechó muy bien la coyuntura para eliminar lo que quedaba de la influencia política de Europa en México, que había sido uno de los grandes logros del régimen porfirista en su empeño por construir un equilibrio de la influencia de los grandes poderes.<sup>45</sup>

El surgimiento de políticas desestabilizadoras de la Paz de Versalles en Alemania e Italia en los años treinta, que desembocarían en el estallido de un nuevo conflicto mundial, obligó a Estados Unidos a desarrollar una política de cooperación con América Latina para aislarla de la inestabilidad creciente en Europa y Asia, provocada por la violenta expansión del fascis-

---

ria cardenista como una importación bolchevique, hubo observadores neutrales que supieron encontrar las diferencias estructurales básicas entre el gobierno de Cárdenas y el soviético, entre la Revolución mexicana y la rusa, por ejemplo, Nathaniel y Sylvia Weyl, *The Reconquest of México: The Years of Lázaro Cárdenas*, Nueva York, Oxford University Press, 1939, p. 227; José Manuel Puig Casauranc, *El sentido social del proceso histórico de México. Un ensayo de interpretación*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Tuduri, 1935, pp. 164-165. Cfr. Stanley Rypins, “Revolutions: Mexican and Russian”, en Hubert Herring y Hebert Weinstock (eds.), *Renascent Mexico*, Nueva York, Covici Friede Publishers/The Committee on Cultural Relations with Latin America, 1935, pp. 151-167.

<sup>44</sup> La ausencia de diplomáticos profesionales ingleses, por ejemplo, impidió que Londres se diera cuenta de que en 1916, en Querétaro, el carrancismo se proponía elaborar una constitución nacionalista que iba a afectar sus intereses. Lorenzo Meyer, *Su majestad británica...*, *op. cit.*, pp. 169-177.

<sup>45</sup> Con el inicio del conflicto bélico mundial, en 1914, Gran Bretaña abandonó sus esperanzas de mantener una presencia fuerte en México que contrarrestara el aumento de la influencia estadounidense. Sin embargo, no se resignó a perder terreno frente a otras naciones europeas como Alemania, que en la arena de los agentes y espías buscaba alinear a México de su lado. Lorenzo Meyer, *Su majestad británica...*, *op. cit.*, pp. 241-256; sobre este punto véanse Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, México, Ediciones Era, 1999; Barbara W. Tuchman, *El telegrama Zimmermann*, México, Grijalbo, 1960. En el caso de España, es posible decir que la antigua metrópoli mostró menos capacidad de asimilación y aprovechamiento del nuevo régimen mexicano que Estados Unidos, Lorenzo Meyer, *El cactus y el olivo. Las relaciones de México y España en el siglo XX*, México, Océano, 2001, pp. 143-145. Para una revisión panorámica del aumento de la influencia de Estados Unidos en las relaciones con Europa, véase Lorenzo Meyer, “México en un triángulo. México, Estados Unidos y Europa”, en Anne Staples y otros, *Diplomacia y revolución. Homenaje a Berta Ulloa*, México, El Colegio de México, 2000, pp. 123-140.

mo y el nacionalsocialismo en esas regiones. Frutos de esta cooperación fue la aceptación por parte de Washington del principio de no intervención en las relaciones interamericanas y de todo ese conjunto de acciones que se englobaron bajo el concepto de "Política de la Buena Vecindad".<sup>46</sup> Fue ese ambiente de incertidumbre internacional previo a la Segunda Guerra Mundial lo que permitió a México llevar a cabo una política de reforma agraria, que afectó intereses estadounidenses, y sobre todo decretar en 1938, y sostener en los años siguientes, la nacionalización de las empresas petroleras estadounidenses y anglohollandesas.<sup>47</sup>

El nacionalismo mexicano de la segunda mitad de los años treinta del siglo pasado chocó de frente con los intereses estadounidenses, pero las prioridades internacionales de Washington impidieron que en esa ocasión México fuera objeto de toda la presión que Estados Unidos hubiera sido capaz de poner sobre su vecino del sur. Por su parte, el gobierno mexicano, a la vez que expropiaba a ciudadanos y empresas estadounidenses, tuvo el cuidado de dejar bien claro que, en relación con el gran conflicto mundial que se veía venir, su intención era jugar del lado estadounidense. De esta manera México no dio incentivos al presidente Franklin D. Roosevelt para empeñarse en acciones decisivas contra sus políticas nacionalistas. Fue en esta coyuntura favorable cuando se cerró el ciclo de la Revolución mexicana. Y el triunfo del gobierno mexicano sobre los petroleros sirvió como otro elemento para reforzar el nacionalismo popular sin concederle nada a la moderación estadounidense en ese caso particular.

#### LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL O UNA CORTA ALIANZA ENTRE DOS PROYECTOS DISTINTOS

La Segunda Guerra Mundial fue una estupenda coyuntura para que, con el pretexto de la "unidad nacional", el régimen revolucionario pasara de una orientación de izquierda bajo el cardenismo a una de derecha con el alemanismo. De la misma forma, sirvió para que, en la relación con Estados Unidos, México pasara de la confrontación nacionalista al compromiso y acomodamiento con y dentro de la hegemonía estadounidense.<sup>48</sup>

<sup>46</sup> Bryce Wood, *The Making of Good Neighbor Policy*, Nueva York, Columbia University Press, 1961.

<sup>47</sup> Lorenzo Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero, 1917-1947*, México, El Colegio de México, 1981, pp. 311-465.

<sup>48</sup> Luis Medina, *Historia de la Revolución mexicana, periodo 1940-1952. Del cardenismo al avilacamachismo*, México, El Colegio de México, 1978.

Tras el hundimiento de varios buques, el gobierno mexicano se declaró en 1942 en estado de guerra con las potencias del Eje, es decir que tomó tal decisión poco después de que Estados Unidos hiciera lo mismo. La contribución mexicana a la causa de los aliados se centró entonces más en los aspectos económicos y de mano de obra que en los militares. Y aunque sí hubo un acuerdo de cooperación militar, los más importantes fueron sobre comercio y braceros.<sup>49</sup>

El excepcional clima de cooperación mexicano-estadounidense de este periodo fue muy bien aprovechado por las autoridades mexicanas para lograr que Washington les aceptara un arreglo definitivo, y en muy buenos términos, de la canasta de problemas que se venía cargando de tiempo atrás, en particular la falta a los compromisos respecto de la deuda externa, las reclamaciones acumuladas como consecuencia de daños a estadounidenses durante la guerra revolucionaria y los términos de pago a las empresas petroleras expropiadas en 1938.<sup>50</sup>

Desde luego que el periodo de la guerra se caracteriza, sobre todo, por la cooperación entre Washington y la ciudad de México. Por primera, y hasta hoy única vez, México fue aliado formal de Estados Unidos en un conflicto internacional. Sin embargo, aun en ese ambiente de entendimiento no dejaron de estar presentes la desconfianza y el conflicto. En el aspecto militar, México sólo permitió la instalación de radares en la costa del Pacífico a condición de que su manejo no fuera exclusivo del personal militar estadounidense. Y fueron tantas las condiciones que México exigió para que la armada y la fuerza aérea de Estados Unidos construyeran bases en territorio mexicano, que al final Washington desistió de sus proyectos en ambos campos. Las negociaciones comerciales tampoco fueron fáciles y el acuerdo de braceros tuvo algunos problemas como consecuencia de la reacción mexicana a actos de discriminación racial contra trabajadores mexicanos en Texas.<sup>51</sup>

Al terminar la guerra, México pretendió que la cooperación entre Estados Unidos y América Latina se prolongara e institucionalizara más allá de la emergencia, especialmente en el área de la economía, pero para

<sup>49</sup> Blanca Torres, *Historia de la Revolución mexicana, periodo 1940-1952. México en la Segunda Guerra Mundial*, México, El Colegio de México, 1979, cap. 3; Susana Catalina Chacón Domínguez, *Entre el conflicto y la cooperación: negociación de los acuerdos militar, de comercio y de braceros en la relación bilateral México-EEUU (1940-1955)*, México, tesis de doctorado, Universidad Iberoamericana, 1996.

<sup>50</sup> Blanca Torres, *op. cit.*, pp. 9-62; Lorenzo Meyer, *México y Estados Unidos en el conflicto petrolero...*, *op. cit.*, pp. 254-261.

<sup>51</sup> Sobre estos temas, véase Susana Chacón Domínguez, *Entre el conflicto y la cooperación...*, *op. cit.*

entonces las prioridades estadounidenses habían cambiado y el resultado fue un nuevo desencuentro. En fin, con la muerte del presidente Roosevelt y la conclusión de la contienda, la “Buena Vecindad” también llegó a su término.<sup>52</sup>

#### LA GUERRA FRÍA Y SU FUNCIONALIDAD PARA LA LARGA ESTABILIDAD AUTORITARIA

Al concluir el conflicto mundial, el sistema autoritario mexicano entró en su fase de consolidación y México se distinguiría del resto de América Latina por su estabilidad y predictibilidad, elementos centrales en la negociación del gobierno mexicano con Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo XX.

En 1947 se dio inicio a un nuevo conflicto mundial pero de naturaleza distinta de los anteriores. En efecto, la llamada “Guerra Fría” que caracterizó el sistema mundial después de 1947 fue resultado de la división de éste en dos grandes bloques encabezados por sendas potencias atómicas: el capitalista dirigido por Estados Unidos y el socialista, por la Unión Soviética. Y mientras el mundo entraba en una era de tensiones e incertidumbres propias de un sistema bipolar en el marco de las armas atómicas, la evolución política de México se consolidó en el marco de una estabilidad autoritaria envuelta en un tenue velo de democracia. Todavía en 1952 una división dentro de la clase política pondría esa estabilidad al borde de la crisis,<sup>53</sup> pero una vez resuelta la confrontación interna el autoritarismo presidencialista se afianzó sostenido por un gran partido corporativo de Estado, donde estaba el grueso de las organizaciones campesinas. Lo anterior le dio a México el sistema político más estable y predecible no sólo en América Latina sino en todo el llamado “tercer mundo”.<sup>54</sup>

Desde finales del gobierno de Plutarco Elías Calles en 1928, Washington decidió apoyar y sostener la estabilidad política de México como la mejor vía para favorecer sus intereses económicos y políticos de largo plazo en el

<sup>52</sup> Bryce Wood, *The Dismantling of the Good Neighbor Policy*, Austin, University of Texas Press, 1985.

<sup>53</sup> Elisa Servín, *Ruptura y oposición: el movimiento henriquista, 1945-1954*, México, Cal y Arena, 2001.

<sup>54</sup> La bibliografía sobre la naturaleza del sistema político de México en lo que se puede considerar la etapa “clásica” del autoritarismo posrevolucionario, es considerable, pero entre las visiones generales se puede consultar las de Pablo González Casanova, *La democracia en México*, México, Ediciones Era, 1972; Roger D. Hansen, *The Politics of Mexican Development*, Baltimore, Md., The Johns Hopkins Press, 1971; José Luis Reyna y Richard Winert (eds.), *Authoritarianism in Mexico*, Filadelfia, Institute for the Study of Human Issues, 1977; Luis Medina Peña, *Hacia el nuevo Estado: México, 1920-1994*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

país vecino del sur.<sup>55</sup> Y fue justamente esa estabilidad la mejor carta que el gobierno mexicano tuvo desde entonces para su juego con Estados Unidos. A cambio de garantizar el completo control político al otro lado de la gran frontera mexicano-estadounidense, los dirigentes mexicanos lograron una notable autonomía relativa en materia de política interna y en ciertas áreas de política internacional.<sup>56</sup> En términos generales, el sostenimiento de la estabilidad mexicana fue la coincidencia en lo esencial entre los gobiernos de México y Washington a partir del final del gobierno de Calles hasta la actualidad, coincidencia que en ningún momento estuvo exenta de contradicciones y choques, aunque siempre bajo control.

Dentro de la lógica de la Guerra Fría, América Latina en su conjunto tuvo una importancia secundaria para las dos potencias, pues los teatros principales de su gran confrontación fueron Europa y Asia, aunque, con la Revolución cubana primero y las guerras civiles de Centroamérica después, el conflicto Este-Oeste terminó por entrar de lleno en el subcontinente americano. Como sea, recién iniciada la Guerra Fría, Washington propició la creación de una organización hemisférica, la Organización de Estados Americanos (OEA) y la suscripción del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) como parte de sus alianzas anticomunistas. Dentro de este esquema, el papel de países como México sería el de meros auxiliares de Estados Unidos en su empresa de mantener la región dentro de la órbita occidental.<sup>57</sup>

<sup>55</sup> Lorenzo Meyer, *The Mexican Revolution and the Anglo-American Powers: The End of Confrontation and the Beginning of Negotiation*, La Jolla, Cal., Center for U.S.-Mexican Studies/University of California in San Diego, 1985.

<sup>56</sup> La independencia relativa de México frente a Estados Unidos está bien analizada en el libro de Mario Ojeda, *Alcances y límites de la política exterior de México*, México, El Colegio de México, 1976.

<sup>57</sup> A la OEA la antecedieron ocho conferencias interamericanas entre 1889 a 1938 que desembocaron en la institucionalización del panamericanismo. En esos años anteriores a la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos no tenía una hegemonía tan marcada en la región y era posible encontrar puntos de equilibrio. Según Carlos Marichal, eso es lo que muestra una revisión de las actas de dichas conferencias, donde se lograron acuerdos entre Estados Unidos y los 20 países latinoamericanos asistentes, que fueron resultado de negociaciones genuinas. Carlos Marichal (coord.), *México y las conferencias panamericanas 1889-1938, antecedentes de la globalización*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2002, p. 19. El desprestigio del panamericanismo realmente se inició con las actitudes intervencionistas de Estados Unidos luego de la formación de la OEA en 1948. En el principio, los países latinoamericanos quisieron que la nueva organización hiciera hincapié en asuntos de cooperación económica y se resistieron a que fuera usada como cobertura de potenciales intervenciones estadounidenses en los asuntos internos de los países miembros. Sin embargo, al final de cuentas, dominó la visión estadounidense de crear una agencia que velara por la "defensa colectiva de las Américas". Véase Roger R. Trask, "The Impact of the Cold War on US-Latin American Relations, 1945-1949", *Diplomatic History*, vol. 1, núm. 3, 1977, p. 281.

El arranque del conflicto global entre Estados Unidos y la Unión Soviética coincidió con —y propició— el afianzamiento en México durante el gobierno de Miguel Alemán (1946-1952) de la corriente conservadora y anticardenista en el partido de Estado. El alemanismo puede caracterizarse de varias formas, pero, cualquiera que ésta sea, incluye una defensa de los intereses del capital sobre el trabajo, de la propiedad privada sobre la ejidal y cooperativa, una entusiasta bienvenida a la inversión externa, el reforzamiento del autoritarismo y centralismo presidenciales, la corrupción pública abierta, una hostilidad hacia la izquierda y sus organizaciones y, finalmente, la cercanía con los Estados Unidos.<sup>58</sup> Con todo, el anticomunismo de Miguel Alemán no fue similar al dominante en el resto de América Latina, sino que fue relativamente discreto, se justificó y amparó en el nacionalismo —lo que le impidió ser abiertamente proestadounidense— y combinó la represión con la cooptación. En la práctica, el anticomunismo mexicano resultó más efectivo que el anticomunismo de las dictaduras militares que poco a poco asumirían el poder en buena parte de Latinoamérica.<sup>59</sup>

El discurso del régimen mexicano se definió formalmente como “revolucionario” y nacionalista, y, para sustanciarlo, la cooperación del gobierno con Estados Unidos tuvo límites muy publicitados. Por ejemplo, México se resistió a suscribir lo que el resto de América Latina aceptó: un tratado bilateral de cooperación militar con Estados Unidos.<sup>60</sup> La insistencia estadounidense a favor de una política de intercambio comercial sin barreras se topó con la decisión de Alemán de cubrir la naciente industria mexicana con tarifas y otras políticas proteccionistas, aunque en esto México no estuvo solo, pues en buena medida el modelo de llevar adelante la industrialización apoyándose en un mercado interno protegido terminó por ser adoptado por el grueso de los países latinoamericanos.<sup>61</sup> Tampoco tuvieron mucho éxito las presiones de Washington para que retornaran las empresas expropiadas en 1938, aunque el gobierno mexicano se vio en la necesidad de abrir una pequeña brecha en su control de la industria para el capital

<sup>58</sup> Véase Stephen R. Niblo, *México in the 1940s: Modernity, Politics, and Corruption*, Wilmington, Del., Scholarly Resources, 1999, pp. 131-138; y para una revisión desde una perspectiva internacional, véase, del mismo autor, *War, Diplomacy and Development: The United States and Mexico, 1938-1954*, Wilmington, Del., Scholarly Resources, 1995.

<sup>59</sup> Karl Michael Schmitt, *Communism in México: A Study in Political Frustration*, Austin, Tex., University of Texas, 1965.

<sup>60</sup> Torres, *México y el mundo...*, *op. cit.*, cap. 1.

<sup>61</sup> Para una revisión del proteccionismo alemanista desde la perspectiva fiscal, véase Enrique Cárdenas, *La hacienda en México y la política económica, 1929-1958*, México, Fondo de Cultura Económica /El Colegio de México, 1994, pp. 90-153.

extranjero en la exploración de petróleo vía los llamados “contratos riesgo” suscritos con empresas estadounidenses de importancia secundaria.<sup>62</sup>

La Guerra Fría empezó a tener efectos directos en la relación bilateral México-Estados Unidos a raíz de la crisis de Guatemala. Ahí, Estados Unidos apoyó activamente el movimiento armado que en 1954 puso fin al gobierno reformista de Jacobo Arbenz. Al final de ese decenio, el triunfo del movimiento revolucionario cubano encabezado por Fidel Castro y el rápido deterioro de la relación entre La Habana y Washington llevaron a Estados Unidos a usar a fondo la vocación anticomunista de la OEA en su afán de poner fin al régimen cubano. Para México, la defensa de su principio fundamental de política exterior —la no intervención de un país en los asuntos internos de otro— se complicó, pues lo obligó a actuar de tal manera que, sin renunciar abiertamente a su posición antiintervencionista y antiimperialista y transformarla en una proestadounidense, evitara chocar de frente con las acciones de Estados Unidos contra Guatemala o Cuba. El navegar entre dos aguas con éxito permitió a los gobiernos mexicanos de la época preservar un espacio de maniobra frente a Estados Unidos que les generó legitimidad interna, sostuvo el discurso nacionalista del régimen y, a la vez, dejó al gobierno negociar con Cuba para que no apoyara de ninguna manera a la izquierda radical mexicana. Fue así como México, en la práctica, se unió al bloqueo económico contra Cuba, pero dio asilo a militantes guatemaltecos y mantuvo relaciones diplomáticas con Cuba a pesar de aceptar la tesis de la incompatibilidad del sistema socialista con los principios de la democracia representativa que, supuestamente, eran los propios del sistema interamericano.<sup>63</sup>

La característica de la política mexicana hacia Estados Unidos, en el inicio de la segunda mitad del siglo XX, fue la lucha por la preservación de una independencia política relativa.<sup>64</sup> Sin embargo, en momentos de ten-

<sup>62</sup> Véase Lorenzo Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero...*, op. cit., pp. 403-442 y 450-460. Sobre los intentos ingleses por dar marcha atrás a la expropiación petrolera, véase también Lorenzo Meyer, *Su majestad británica...*, op. cit., caps. 7 y 8.

<sup>63</sup> Olga Pellicer, *México y la Revolución cubana*, México, El Colegio de México, 1972; Sergio Aguayo Quezada, *El panteón de los mitos*, México, Grijalbo, 1998.

<sup>64</sup> Sobre el concepto de independencia relativa, Mario Ojeda plantea que Estados Unidos pareció haber estado dispuesto a tolerar una política disidente por parte de México si eso ayudaba a fomentar la estabilidad política interna del país, que era uno de sus intereses centrales en relación con el vecino del sur. Es necesario recordar, para entender este mecanismo en toda su amplitud, que “la estabilidad política de América Latina, pero principalmente la de México, debido a la vecindad directa, quedó ligada al sistema de seguridad de los Estados Unidos”, *Alcances y límites de la política exterior de México*, op. cit., 2001, pp. 121. Dean Rusk, secretario de Estado, planteó, en un documento del 18 de febrero de 1964, la misma idea al aconsejar al entonces presidente de Estados Unidos Lyndon B. Johnson sobre la actitud que debería tomar

sión extrema, como fue el caso de la crisis de los misiles soviéticos en Cuba en octubre de 1962, México no tuvo más remedio que situarse de manera incondicional del lado de Washington y en contra de Moscú y La Habana, pero lo hizo de tal forma que el gobierno cubano sostuvo públicamente que México seguía teniendo una posición independiente.<sup>65</sup> Y esta situación no varió incluso cuando se puso al descubierto que un funcionario adscrito a la embajada mexicana en La Habana, Humberto Carrillo Colón, era un agente estadounidense.<sup>66</sup>

El triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua, en 1979, revivió el problema planteado antes por Guatemala y Cuba, pues, además de abrir un nuevo frente de la Guerra Fría en ese país cercano, las brutales guerras civiles de Guatemala y El Salvador hicieron que toda Centroamérica se convirtiera en un nuevo teatro de la confrontación Este-Oeste, uno de los últimos. En el inicio, los nuevos descubrimientos petroleros mexicanos y su empleo como materia estratégica le permitieron al presidente José López Portillo desempeñar el papel de cabeza de potencia media con intereses propios en el área centroamericana.<sup>67</sup> Desafortunadamente, la drástica baja en el precio de los hidrocarburos y la crisis final del modelo económico mexicano en 1982, combinada con la agresiva política exterior del gobierno encabezado por Ronald Reagan, hicieron que México apenas pudiera cubrir las apariencias de su retiro efectivo como actor con agenda propia al sur del Suchiate, no sin antes despertar la animosidad de los sectores más conservadores de Washington.<sup>68</sup>

La Guerra Fría es también la variable que mejor explica el silencio estadounidense ante la evidente naturaleza autoritaria del régimen político mexicano y sus violaciones a los derechos humanos, especialmente en 1968 y

---

frente a la relación de México con Cuba durante un encuentro que sostendría con Adolfo López Mateos: "A veces su política exterior es muy independiente, por ejemplo, en el caso de Cuba, y en sus relaciones comerciales y culturales con China. Pero cuando los asuntos fundamentales están en juego, nosotros siempre hemos comprobado que se muestra comprensivo y deseoso de ser útil." Cit. por Kate Doyle, "México-EU-Cuba: el pacto secreto", *Proceso*, núm. 1374, 2 de marzo de 2003, p. 43.

<sup>65</sup> Véase la referencia a México en el discurso de Fidel Castro del 26 de julio de 1964.

<sup>66</sup> Sobre el particular, véase Jorge G. Castañeda, en Robert K. Pastor y Jorge G. Castañeda, *Limits to Friendship. The United States and Mexico*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1988, p. 126.

<sup>67</sup> Jorge G. Castañeda, "¿Qué hacemos en Centroamérica?", en *México: el futuro en juego*, México, Joaquín Mortiz/Planeta, 1987, pp. 55-73.

<sup>68</sup> René Herrera Zúñiga y Mario Ojeda, *La política de México hacia Centroamérica, 1979-1982*, México, El Colegio de México, 1983. Como ejemplo de la reacción de la derecha estadounidense, véase Constantine C. Menges, *Inside the National Security Council: The True Story of the Making and Unmaking of Reagan's Foreign Policy*, Nueva York, Simon & Schuster, 1988; y "Los Estados Unidos y América Latina en los ochentas", *Foro Internacional*, vol. 22, núm. 4, abril/junio de 1982, pp. 425-446.

durante la “guerra sucia” que siguió a la represión del movimiento estudiantil.<sup>69</sup> Y ese mismo factor se volvió a manifestar en la relación México-Estados Unidos cuando Washington, al igual que el resto de las potencias occidentales, aceptaron como legítima la dudosa victoria electoral de Carlos Salinas en 1988 sobre la candidatura moderadamente izquierdista de Cuauhtémoc Cárdenas.<sup>70</sup> Con la caída del muro de Berlín y la posterior desaparición de la URSS, el anticomunismo dejó de ser un factor determinante en la relación México-Washington.

#### EL TRATADO DE LIBRE COMERCIO DE AMÉRICA DEL NORTE (TLCAN) O EL GRAN VIRAJE DEL PROYECTO NACIONALISTA

El fracaso rotundo y definitivo en 1982 de la economía semicerrada mexicana, basada en el mercado interno y el proteccionismo para con la empresa

<sup>69</sup> Algunos documentos sobre la indiferencia y demás reacciones estadounidenses ante la guerra sucia y otros episodios fundamentales para entender la transición mexicana a la democracia, como la matanza de 1968 y la represión de 1971, han sido revelados por la organización National Security Archive's México Project (los trabajos de esta organización pueden ser consultados en [www.nsarchive.org/mexico](http://www.nsarchive.org/mexico)). Parte de sus hallazgos han sido publicados en español por Kate Doyle, “La diplomacia tranquila de Estados Unidos”, *Proceso*, núm. 1384, 11 de mayo de 2003, pp. 20-25; “Los Halcones made in USA”, *Proceso*, núm. 1388, 8 de junio de 2003, pp. 36-42; “Nuestros años cínicos”, *Proceso*, núm. 1392, 6 de julio de 2003, pp. 26-28; “Nixon y Echeverría: almas afines”, *Proceso*, núm. 1398, 17 de agosto de 2003, pp. 37-42; “El 68, desconcierto de Washington”, *Proceso*, núm. 1405, 5 de octubre de 2003, pp. 28-37; “La guerra sucia vista desde Washington”, *Proceso*, núm. 1414, 7 de diciembre de 2003, pp. 26-30. Para una visión general de los enfoques académico, periodístico y testimonial de la naturaleza de la guerra sucia en México, véanse Sergio Aguayo Quezada, *La charola: una historia de los servicios de inteligencia en México*, México, Grijalbo, 2001; Julio Scherer García y Carlos Monsiváis, *Los patriotas: de Tlatelolco a la guerra sucia*, México, Aguilar, 2004; Florencia Lugo Hernández, *El asalto al cuartel de Madera, 23 de septiembre de 1965: testimonio de un sobreviviente*, México, Centro de Derechos Humanos Yaxkin A.C./Foro Permanente por la Comisión de la Verdad, 2003; Ignacio Arturo Salas Obregón, *Cuestiones fundamentales del movimiento revolucionario o manifiesto al proletariado*, México, Tierra Roja/Huasipungo, 2003; Raúl Ramos Zavala y Arturo Gámiz García, *El tiempo que nos tocó vivir y otros documentos de la guerrilla en México*, México, Tierra Roja/Huasipungo, 2003; José Enrique González Ruiz, *El banquito de la foto del recuerdo. El chino y el invidente: dos cuentos de la guerra sucia en México*, México, Tierra Roja/Comisión Estatal de Derechos Humanos de Querétaro, 2003; David Cilia Olmos, *La máquina de destruir gente*, México, Comisión Estatal de Derechos Humanos de Querétaro/Centro de Derechos Humanos Yaxkin A.C., 2002.

<sup>70</sup> Como primera reacción, diferentes medios de comunicación internacionales apuntaron la necesidad de una mayor apertura política en México si el PRI quería mantenerse en el poder, aunque no llegaron a poner en tela de juicio la viabilidad de un gobierno emanado de elecciones dudosas. Véase como ejemplo el artículo y la entrevista con Carlos Salinas de Gortari en “México too Close for Comfort: Salinas Claims Victory but the Party is Shaken”, *Time*, vol. 132, núm. 3, 18 de julio de 1988, pp. 20-22. Entre los otros muchos ejemplos está *Newsweek* que,

local, significó también una crisis política mayúscula. En efecto, en buena medida la legitimidad del autoritarismo posrevolucionario mexicano estuvo basada en la relativa eficacia de su comportamiento económico. Esa eficacia se puede resumir en el crecimiento promedio anual del PIB de 6% desde mediados del siglo XX hasta el estallido de la crisis.<sup>71</sup> Para reanimar la economía, recargar de legitimidad el régimen del PRI y, sobre todo, a su propio gobierno, el presidente Salinas decidió llevar a cabo un cambio sustantivo en la orientación externa de México. Hasta 1982 el interés nacional estuvo definido por la preservación de la independencia relativa del país, en lo político y en lo económico, frente a Estados Unidos. Sin embargo, en 1989, Salinas decidió iniciar negociaciones para celebrar un tratado de libre comercio con Estados Unidos y Canadá, lo que implicó, continuando con el desmantelamiento del proteccionismo, sacrificar numerosas empresas incapaces de aguantar el embate de la apertura y ponerse a tono con el modelo neoliberal demandado por el llamado “Consenso de Washington” acelerando el proceso de privatización. El control autoritario del proceso político por el presidente le permitió a Salinas imponer su decisión sobre aquellos actores y grupos que se resistieron al cambio. México tuvo que aceptar entonces el libre intercambio en aquello deseado por Estados Unidos —comercio y

---

luego de señalar el fraude y la necesidad de cambio político en México después de las elecciones de 1988, puso mayor énfasis, en su cobertura de América Latina, en el proceso político chileno que en los efectos del decadente autoritarismo mexicano; Stryker McGuire, “Mexico’s Elections Shock: The Only Certain Result Is the Country’s Political Transformation”, *Newsweek*, vol. 112, núm. 3, pp. 8-10. A los pocos meses la imagen internacional de Salinas creció debido a la fuerte campaña de relaciones públicas emprendida por el gobierno. Como primer ejemplo de esta campaña, en el mismo número de 1990 en que publicaba una reseña en la que se señalaba que el gobierno mexicano estaba tratando de mejorar su imagen mediante exposiciones como la de “México: esplendores de treinta siglos”, del Metropolitan Museum of Art de Nueva York, la revista *Time* incluía un suplemento de 16 páginas pagado por el propio gobierno mexicano como propaganda; Robert Hughes, “Onward from Olmec: A Monumental Exhibit of Mexico’s Art Redeems the ‘Images Problem’”, *Time*, vol. 136, núm. 42, pp. 50-52. La estrategia tuvo tal resultado, que poco más de un mes después *Time* dedicaría su portada al nuevo rostro de la modernización del país, Salinas, señalado en la misma portada como “A Man in a Hurry”; Jili Smolowe, “Going at Full Tilt: Salinas Gets High Marks for Modernizing Mexico’s Economy, but He Is Not Nearly as Far Along on His Pledge to Build a Multiparty Democracy”, *Time*, vol. 136, núm. 47, pp. 16-21. La “purificación” de imagen por parte de *Newsweek* fue incluso más rápida. Un retrato de Salinas durante sus ejercicios matutinos, al lado de la leyenda “The Giant Killer, Mexico’s Salinas Gets Tough Fast”, fue la portada de esta revista a principios de mayo de 1989; Stryker McGuire, “Mexico’s Giant Killer: After a Shaky Start, Salinas Gets Tough Fast”, *Newsweek*, vol. 113, núm. 19, pp. 8-13.

<sup>71</sup> Para una visión general de la naturaleza de la economía mexicana y de sus cambios en la segunda mitad del siglo XX, véase Manuel Gollás, “Breve relato de cincuenta años de política económica”, en Ilán Bizberg y Lorenzo Meyer (eds.), *Una historia contemporánea de México*, t. 1, México, Océano, 2003, pp. 223-311.

finanzas—, pero no en el área en que había resistencias internas: el libre flujo de mano de obra.<sup>72</sup> La negociación del TLCAN quedó concluida en 1993 y el tratado entró en vigor en enero del año siguiente.

El efecto del TLCAN sobre el comercio entre México y Estados Unidos fue realmente asombroso. En diez años el intercambio comercial de México con su vecino del norte había alcanzado la cifra de 275 000 millones de dólares anuales<sup>73</sup> y la inversión estadounidense directa acumulada llegó en ese año de 2004 a 95 000 millones de dólares.<sup>74</sup> El TLCAN fue propuesto y cabildeado por México en la presidencia, el Congreso y la opinión pública de Estados Unidos durante el gobierno republicano de George Bush padre. Al final, con resistencias, la oferta mexicana fue aceptada por su sucesor, el gobierno demócrata de William Clinton, aunque no sin antes añadirle cláusulas sobre protección del medio ambiente y salvaguardas laborales para acallar a quienes en Estados Unidos temían la “competencia desleal” por la ausencia de costos de protección ambiental y por la existencia de mano de obra explotada en México. Más de un observador supuso que con el TLCAN se había dado un golpe de muerte al viejo nacionalismo revolucionario y que se entraba en un espacio nuevo para México, el único compatible

<sup>72</sup> Una crónica de la complicada negociación del tratado se encuentra en Javier García-diego *et al.*, *El TLC día a día*, México, Editorial Porrúa, 1994.

<sup>73</sup> En términos generales, a partir de la entrada en vigor del TLCAN el comercio con Estados Unidos casi se ha triplicado. El monto total de los intercambios, es decir la suma de importaciones y exportaciones, creció 2.5 veces al pasar de 106 435 millones de dólares en 1994 a 274 669 millones de dólares en 2004. Las exportaciones crecieron a un ritmo más acelerado que las importaciones. En 1994, México exportaba mercancías por un valor 51 645 millones e importaba 54 790 millones. En 2004, la cifra de las exportaciones era de 165 111 millones de dólares —más del triple—, mientras que la de las importaciones fue de 109 558 millones, es decir que apenas se duplicaron. La balanza comercial mexicana pasó de un déficit de 3 145 millones de dólares en 1994 a un superávit de 55 553 millones en 2004 ([www.economia.gob.mx](http://www.economia.gob.mx), consultada el 24 de agosto de 2005).

<sup>74</sup> La inversión estadounidense acumulada ascendía en 2004 a 94 988.7 millones de dólares y equivalía a 62.6% de la inversión extranjera directa (IED) total destinada al país entre enero de 1994 y marzo de 2005. Al mes de marzo de 2005 había registradas 16 830 sociedades con participación estadounidense en su capital social, esto es, 54.0% del total de sociedades con IED en México (31 181). Las empresas con inversión estadounidense se dedicaban a los servicios (43.3%), manufactura (29.2%) y comercio (20.5%), y se localizaban en mayor medida en el Distrito Federal, Baja California, Baja California Sur y Nuevo León. Entre enero de 1999 y marzo de 2005, las empresas con capital estadounidense realizaron inversiones por 66 280.4 millones de dólares, lo que representó 63.5% de la IED total que ingresó en el país en ese lapso (104 323.7 millones de dólares), y dio lugar a que Estados Unidos se ubicara en la primera posición entre los inversionistas en México. Secretaría de Economía, “Inversión de Estados Unidos en México”, México, Subsecretaría de Normatividad, Inversión Extranjera y Prácticas Comerciales Internacionales, 2005, tomado de [www.economia.gob.mx](http://www.economia.gob.mx), consultada el 24 de agosto de 2005.

con la dinámica de la globalización.<sup>75</sup> Al final, el resultado no fue tan claro como los autores del TLCAN lo habían propuesto. La política económica seguida por el gobierno de Salinas buscó dar la sensación de éxito inmediato —el ingreso masivo de capital externo especulativo permitió, por un tiempo, tener un peso fuerte y una balanza positiva con el exterior— pero desembocó en una crisis mayúscula, que hizo caer el PIB en 7% en 1995, y se requirió de la ayuda estadounidense —un préstamo respaldado por las ventas mexicanas de petróleo— para sortearla. Cuando finalmente se logró la recuperación —alrededor de 1997— una parte importante de la “magia” del TLCAN se había perdido, pues México seguía sin salir del estancamiento económico. El impacto de una recesión estadounidense, a inicios del siglo XXI, volvió a hacer caer los modestos índices de crecimiento de la economía mexicana y, aunque para el 2004 se había reiniciado la recuperación —en buena medida gracias al aumento en los precios de las exportaciones petroleras—, el índice de crecimiento del PIB en ese año —4%— no era lo que originalmente se había asociado con el cambio de orientación de la economía mexicana, y contrastaba muy desfavorablemente con el crecimiento de China —que era de más del doble—, país que se había apoderado del papel que México había esperado desempeñar con el TLCAN: el del gran proveedor de manufacturas ligeras del mercado de Estados Unidos. Para 2004 China había desplazado ya a México como el segundo exportador a este país.

La firma del TLCAN significó un viraje muy dramático en términos del proyecto nacional mexicano que había prevalecido hasta entonces. El antiguo proyecto, producto del nacionalismo revolucionario, tuvo como meta explícita ensanchar la independencia relativa de México frente a su gran vecino del norte. Parte sustantiva de tal proyecto o aspiración fue la mexicanización del sistema bancario, la expropiación de las plantaciones extranjeras y de la industria petrolera, la nacionalización de los ferrocarriles primero y de la industria eléctrica después, más la legislación sobre inversión extranjera que impedía o limitaba su participación en ciertas actividades consideradas estratégicas en la defensa de la soberanía.<sup>76</sup> Sin embargo, la gran crisis

<sup>75</sup> “La caída de las barreras arancelarias expondría a las empresas mexicanas a competidores que, con frecuencia, serían mucho más ricos, con fuerza de trabajo mejor educada, más competitivos y con tecnologías más sofisticadas. A pesar de estas expectativas, el TLCAN ha ganado apoyo popular en México, donde, largamente golpeados por la propiedad estatal y la sustitución de importaciones, aún están embarcados en el proceso de adaptarse a la disciplina del mercado. Los mexicanos están convencidos ahora de que el libre mercado podría ayudarles a que su economía alcance el tamaño actual del canadiense en diez años” (*The Economist*, 13 de noviembre de 1993).

<sup>76</sup> Bernardo Sepúlveda y Antonio Chumacero, *La inversión extranjera en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973; Miguel Wionczek, *El nacionalismo mexicano y la inversión extranjera*, México, Siglo XXI Editores, 1977.

del modelo económico proteccionista y el crecimiento exponencial de la deuda externa llevaron a que el gobierno mexicano abandonara la preservación de la autonomía relativa para fincar la recuperación del crecimiento económico en su opuesto: la integración del sistema productivo mexicano y de su mercado en el de Estados Unidos.<sup>77</sup> Como se señaló al inicio de este trabajo, la opinión pública mexicana no vio de manera muy positiva la nueva orientación.

#### UN NUEVO IMPERIO DEL MAL Y EL RETORNO DE VIEJAS EXIGENCIAS

El fin de la lucha global contra el comunismo y la reafirmación de Estados Unidos como la única superpotencia cambiaron el escenario mundial al finalizar el siglo XX. En un mundo sin rivales, Washington asumió que era sólo cuestión de tiempo el triunfo global de variantes de la democracia dentro del marco de la globalización, es decir, de la construcción de un único y gran mercado mundial. Se había llegado así, en los términos de Francis Fukuyama, al “final de la historia”, es decir, a la universalización de los valores e intereses de Occidente.<sup>78</sup> Viendo el mismo fenómeno desde otra perspectiva, lo que estaba emergiendo era el mayor imperio de la historia o, en términos del profesor Niall Ferguson, la transformación de Estados Unidos en un coloso que, sin embargo, se mostraba reticente a vestir públicamente el manto imperial.<sup>79</sup> Este histórico cambio del sistema mundial coincidió con otro igualmente sustantivo en el plano interno mexicano: en junio de 2000, el partido de Estado que había dominado el escenario político mexicano desde 1929 se vio forzado a aceptar su derrota en las urnas frente a la derecha democrática encabezada por Vicente Fox.

El cambio político mexicano también se llevó a cabo sin violencia. El viejo autoritarismo simplemente ya no tuvo la capacidad de resistir las demandas democráticas —entre otras cosas, porque la coartada del autoritarismo como la mejor defensa contra el comunismo había perdido su razón de ser— y, por primera vez en la historia política del país, se abrió la posibilidad de echar los cimientos de un régimen político de naturaleza democrática. En esas condiciones, la nueva dirigencia mexicana consideró

<sup>77</sup> Sydney Weintraub, *A Marriage of Convenience: Relations between Mexico and the United States*, Nueva York, Oxford University, 1990. Véase también V. Bulmer-Thomas, Nikki Craske y Mónica Serrano (coords.), *México frente al TLC: costos y beneficios*, México, El Colegio de México/Lotería Nacional para la Asistencia Pública, 1994, y Stevens Gliberman, *Assessing NAFTA: A Trinational Analysis*, Vancouver, Fraser Institute, 1993.

<sup>78</sup> Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre*, Buenos Aires, Planeta, 1992.

<sup>79</sup> Niall Ferguson, *Colossus: The Price of America's Empire*, Nueva York, Penguin, 2004.

que podía negociar con Estados Unidos el “bono-democrático” que acababa de ganar y se propuso remodelar el TLCAN demandando la regularización de los trabajadores mexicanos indocumentados en Estados Unidos y el desarrollo de una “relación privilegiada” entre los dos países vecinos. Sin embargo, tan prometedor horizonte se ensombreció de golpe el 11 de septiembre del 2001, cuando un movimiento fundamentalista islámico —Al Qaeda— atacó, de manera espectacular, el Centro Mundial de Negocios en Nueva York y el Pentágono en Washington. La respuesta al inesperado ataque fue la declaración del presidente George W. Bush de una lucha global contra el terrorismo, y así, en un instante, se volvió a recrear el marco de un conflicto universal entre “el bien y el mal”, conflicto que le permitió a Washington exigir a todos los componentes del sistema mundial una definición sin titubeos, unilateral, en la nueva polaridad: “quien no esté con nosotros estará contra nosotros”. De esta manera, el 11 de septiembre no sólo relegó a un lugar muy secundario a México en la agenda estadounidense, sino que obligó al nuevo gobierno mexicano a tomar posición en cuestiones que, sin ser de su interés inmediato, lo eran y de manera fundamental para Washington. En este entorno sin matices construido por Estados Unidos, México debió enfrentar los costos que implicó diferir respecto de ciertos planteamientos fundamentales para el gobierno estadounidense, y, aunque lo hizo de manera “suave”, no pudo evitar el surgimiento de tensiones.<sup>80</sup> La diferencia principal tuvo lugar a inicios de 2003, cuando México decidió apoyar dentro del Consejo de Seguridad de la ONU un punto de vista relativamente diferente del de Washington tras anunciar este último su decisión de usar la fuerza contra el Iraq de Saddam Hussein, al que acusó de poseer ilegalmente armas de destrucción masiva (ADM). México no hubiera podido aceptar la doctrina de acción unilateral esgrimida entonces por Estados Unidos y Gran Bretaña sin contradecir sus posiciones históricas relacionadas con la no intervención y pagar un alto costo interno. Y por eso sostuvo, pese a las presiones estadounidenses en contra, que antes de legitimar el uso de la fuerza contra Iraq era necesario que Estados Unidos obtuviera de Naciones Unidas una resolución explícita, es decir, una que fuera producto de una negociación multilateral. Estados Unidos simplemente se negó a negociar su derecho a la “legítima defensa” y pasó a la acción directa. Al final, los invasores angloestadounidenses no encontraron ninguna ADM en Iraq, y la posición de México y los otros países que habían considerado

<sup>80</sup> La queja de Estados Unidos por la “frialidad” oficial de México tras el ataque terrorista de septiembre de 2001 está claramente expresada por el ex embajador en México, Jeffrey Daidow, en *El oso y el puercoespín. Testimonio de un embajador*, México, Grijalbo, 2004.

prematura la acción militar fue reivindicada por los hechos, pero eso no impidió que la relación política con Estados Unidos quedara afectada.<sup>81</sup>

#### LA AGENDA BILATERAL AL CONCLUIR EL SIGLO XX Y EL INICIO DEL XXI

Al enfocar la agenda bilateral México-Estados Unidos, se descubre que en la segunda mitad del siglo XX se retomó parte del estilo e incluso de la esencia de lo que había sido esa relación en la época del porfiriato maduro, salvo por un punto: la relación con Europa o con cualquier otra región, pues ninguna tenía ya capacidad de servir como fuerza neutralizadora de la influencia estadounidense. Así, para un México estable y autoritario, que quedó más que nunca bajo el “paraguas” del poderío de Estados Unidos, la importancia relativa del resto del mundo disminuyó. En ese entorno internacional sobredeterminado por la influencia de Estados Unidos, el grupo gobernante mexicano dedicó el grueso de su energía en el campo internacional a legitimar su régimen —para el que pidió y obtuvo un reconoci-

<sup>81</sup> Este periodo de fricciones coincidió con la decisión de la administración de George Bush de sustituir a Jeffrey Davidow, embajador de carrera designado durante el periodo presidencial de William Clinton, por el texano Tony Garza. En su primer discurso oficial como embajador de Estados Unidos en México, pronunciado en la Universidad de la Américas en Cholula, Puebla, Garza hizo afirmaciones que sonaron amenazadoras a los oídos mexicanos: “Estados Unidos busca que Saddam Hussein cumpla con sus obligaciones bajo el marco de la Naciones Unidas. Esto no es una acción unilateral, sino multilateral. Pero de nada sirve el multilateralismo si no se puede hacer cumplir[...] No estamos pidiendo que México le haga un favor a los Estados Unidos[...] Todos debemos preocuparnos porque los terroristas tengan acceso a armas de destrucción masiva[...] hoy nadie está a salvo de estos peligros, incluyendo a México y los mexicanos[...] Un viejo proverbio dice: en los tiempos de bonanza todos tus amigos saben quién eres, en los de adversidad tú sabes quiénes son tus amigos” (“Llaman a México a recapacitar”, *Reforma*, 20 de febrero de 2003). Estas palabras le valieron varios encabezados a ocho columnas en diarios de la ciudad de México al embajador Garza. Al otro día, Vicente Fox recibió una llamada telefónica de George Bush cuyo contenido se desconoce. Sin embargo, se puede inferir por sus efectos, al menos en el vuelco a matices de medida en el discurso del presidente mexicano (“Cabildea Bush guerra ante Fox”, *Reforma*, 24 de febrero de 2003). La mañana del 25 de febrero, durante una reunión con empresarios donde Tony Garza estaba presente, Fox leyó un discurso con énfasis totalmente diferentes: “El único camino hacia la paz es el desarme de Iraq[...] El mundo quiere paz pero sólo el desarme de Iraq puede asegurar la paz.” El mismo día por la tarde, en La Paz, Baja California Sur, mientras presentaba los avances del proyecto “Escalera Náutica”, Fox aseguró: “Para alcanzar la paz es indispensable desarmar a Iraq, de otra manera sería una paz efímera[...] Ahora le toca, pues, a Saddam Hussein; le toca a Iraq proceder con ese desarme...” (“Tiene Iraq que dejar sus armas, dice Fox”, *Reforma*, 26 de febrero de 2003). Esto provocó la movilización de los medios de comunicación. La agencia internacional de noticias Associated Press divulgó la idea de que la postura de México en el Consejo de Seguridad se estaba acercando a los intereses de Estados Unidos. En una conferencia de prensa con corresponsales extranjeros, el 26 de febrero, el canciller Derbez declaró una

miento como “democracia”<sup>82</sup>— y preservar por medio del uso de su “poder suave”, el único a su disposición, el espacio de autonomía relativa ganado durante la Revolución.

El proyecto nacional siguió centrado en la modernización económica y la profundización de la integración social como única fórmula para mantener la independencia. Sin embargo, y en la prosecución de ese proyecto, se mantuvieron o surgieron nuevos problemas con Estados Unidos. Ahora bien, a diferencia de lo ocurrido en la primera mitad del siglo pasado, en la segunda ninguna de esas diferencias fue de una naturaleza tal que pusiera en peligro la relación bilateral ni la estabilidad política mexicana, pero sirvieron para mantener vivas las actitudes nacionalistas surgidas del proceso histórico. Sin pretender hacer y examinar una lista exhaustiva de esos puntos de conflicto, a continuación se abordan algunos de los principales temas de tensión entre México y Estados Unidos al final del primer lustro del siglo XXI.

---

y otra vez que la postura de México no había cambiado; y esto fue ratificado en un comunicado de la Secretaría de Relaciones Exteriores en que se afirmaba que la posición de México seguía “siendo independiente y autónoma”. Sin embargo, diarios como el *New York Times*, *Los Angeles Times*, *Houston Chronicle* y *Washington Post* reportaron que, a pesar de que Derbez negaba cambio alguno, las dudas prevalecían (“Ponen ‘cuatro’ a México en EU”, *Reforma*, 27 de febrero de 2003). El 27 de febrero empezaron a disiparse. La cordialidad con que se desarrolló la visita del primer ministro de Canadá Jean Chrétien abrió la posibilidad de que México se uniera a los deseos canadienses y franceses de que se alargaran las inspecciones antes de emprenderse una guerra precipitada. Aunque Fox hizo afirmaciones ambiguas durante su conferencia de prensa con Chrétien, una declaración conjunta del embajador Aguilar Zinser y el representante de Chile ante el Consejo de Seguridad demostró que México, a pesar de las ambigüedades del discurso presidencial, provocadas por la presión de Estados Unidos, mantenía su posición en contra de una política unilateral estadounidense (“Destacan papel de México en la ONU”, *Reforma*, 27 de febrero de 2003). Los intelectuales y la oposición de izquierda en el Congreso dudaban de la continuidad de Fox en la postura contra la guerra, mientras que los empresarios de la Coparmex temían que su discurso enfureciera al gobierno de sus socios estadounidenses. El discurso de Fox entonces tomó un giro para consumo nacional y consolidó su negativa a la intervención con su abstención en el Consejo de Seguridad, debido a consideraciones de política interna (“Golpea temor bélico metas económicas”, *Reforma*, 27 de febrero de 2003). Para un punto de partida analítico de estos episodios véanse también las columnas de Lorenzo Meyer. “Finalmente, ¿cómo va a votar México?”, *Reforma*, 13 de febrero de 2003; “México y las guerras”, *Reforma*, 20 de febrero de 2003; “México: dependiente sí, pero aún no satélite”, *Reforma*, 6 de marzo de 2003; “De gran oportunidad a problema mayúsculo”, *Reforma*, 20 de marzo de 2003; “Razones norteamericanas: una prueba histórica”, *Reforma*, 3 de abril de 2003; “El gran paisaje después de la pequeña batalla”, *Reforma*, 24 de abril de 2003; “La Doctrina Monroe llevada al extremo”, *Reforma*, 1º de mayo de 2003; “Estados Unidos, las Naciones Unidas y nosotros”, *Reforma*, 15 de mayo de 2003.

<sup>82</sup> Un buen ejemplo de cómo Estados Unidos aceptó a México en esa época como democracia imperfecta, pero en camino de transformarse en una democracia *bona fide*, se tiene en el libro de Robert Scout, *Mexican Government in Transition*, 2ª ed., Urbana, Il., University of Illinois, 1964.

En buena medida, la relación entre los dos países ha sido siempre un asunto de élites, pero hay arenas donde también ha sido importante la presencia de ciertas contraélites —el narcotráfico, por ejemplo— o de plano de actores populares, como es el caso de la migración. Veamos este último. El fin de la Segunda Guerra Mundial significó una disminución relativa de la demanda de mano de obra mexicana en Estados Unidos y, por tanto, la renovación del tratado original de braceros (1942) se hizo imposible y fue sustituido por otros menos favorables a los trabajadores. El presidente Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958) no pudo sostener su intento de impedir la contratación de trabajadores fuera del tratado como una forma de presión para conseguir mejores condiciones. Una frontera donde las autoridades estadounidenses no exigieron documento alguno a los mexicanos, dispuestos a trabajar fuera del marco bilateral, permitió a los empleadores conseguir trabajadores sin protección. El gobierno mexicano tuvo que ceder pero, en revancha, nunca trataría de impedir el intento de sus ciudadanos de introducirse “sin papeles” en Estados Unidos. En 1964 el acuerdo de braceros se dejó expirar y la importante corriente migratoria de sur a norte en la frontera se abandonó a las fuerzas de la informalidad.<sup>83</sup> Y aunque una

<sup>83</sup> Durante los 22 años en que estuvieron en vigor los acuerdos de braceros se otorgaron alrededor de cuatro millones y medio de contratos, más de medio millón de mexicanos fueron admitidos legalmente en Estados Unidos y se calcula que alrededor de cinco millones entraron ilegalmente. Al hablar de estos acuerdos se debe tener en mente que se iniciaron en 1942, cuando la vulnerabilidad mexicana frente al gobierno estadounidense había disminuido y México había mejorado su capacidad de negociación frente a un Estados Unidos sensible por los peligros y necesidades atraídas por la Segunda Guerra Mundial. El primer acuerdo de braceros entró en vigor el 4 de agosto de 1942. México aceptó el programa después de algunas resistencias que fueron superadas al considerar que los beneficios excederían los perjuicios de enviar mano de obra a cubrir las vacantes que a su vez el envío de estadounidenses al frente de batalla había generado. Sin embargo, lo que se inició como una victoria de la diplomacia mexicana desembocaría en el aumento de la dependencia económica respecto de Estados Unidos, ya no sólo en el ámbito comercial y de las inversiones sino también en el del empleo. Posteriormente, cuando en México se extendía la idea de que el envío de mano de obra era casi una necesidad porque daba un respiro a la economía, sería Estados Unidos el que empezaría a rechazar el acuerdo. En 1946, los estadounidenses notificaron la rescisión de los acuerdos, mismos que no volvieron a restablecerse hasta 1951, en que una nueva guerra —la de Corea, de junio de 1950 a julio de 1953— influyó en la recuperación de la capacidad negociadora de México. Al terminar el conflicto en Corea, la alianza de algunos sindicatos con grupos xenófobos estadounidenses llevó a que su gobierno presionara a México para reducir las garantías jurídicas y los derechos laborales que los acuerdos garantizaban, hasta que, nuevamente, se cerraran las puertas de la migración legal de trabajadores mexicanos a Estados Unidos en 1964. A partir de entonces, la migración ilegal ha venido en aumento sin un marco regulador que permita canalizar los conflictos bilaterales derivados de este flujo. Sobre el asunto, véanse Manuel García y Griego y Mónica Vereza Campos, *México y Estados Unidos frente a la migración de los indocumentados*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Editorial Porrúa, 1988; Antonio Ríos Bustamante (ed.), *Mexican Immigrant Workers*, Los Angeles, Chicano Studies

y otra vez se hicieron llamados para llegar a un nuevo acuerdo, las condiciones políticas para ello no se dieron en Estados Unidos.

La ausencia de un tratado de braceros no significó, ni de lejos, el fin del fenómeno, sino todo lo contrario, ya que su razón de ser reside en un creciente diferencial de salarios entre las dos economías vecinas. La corriente de mexicanos que ingresan en Estados Unidos sin documentos se incrementó al punto de constituir, a la vez, uno de los principales factores en la integración silenciosa de las dos sociedades y economías y uno de los temas centrales de fricción, cuando no de conflicto, entre los dos países. Los cálculos en el primer lustro del siglo XXI situaban entre cuatro y cinco millones el número de mexicanos indocumentados en los Estados Unidos y en nueve millones el de los que se encontraban residiendo ahí legalmente. En términos generales, es posible que al inicio del siglo XX 14% de la mano de obra mexicana se localizara al norte del Río Bravo y eso significó, en el corto plazo, una disminución de la presión social en un mercado interno incapaz de emplear a todos los que lo demandan y remesas anuales de alrededor de 16 000 millones de dólares que benefician a millones de familias en México.<sup>84</sup> Y mientras una parte de la economía estadounidense demandaba y absorbía esta mano de obra barata, joven, con energía pero muy desprotegida, otra parte de la sociedad reaccionaba con enojo e incluso con acciones directas en contra de esta amenaza a su cultura y sus valores.<sup>85</sup>

---

Research Center/UCLA, 1981; Jorge A. Bustamante y Wayne Cornelius, *Retos de la relaciones entre México y Estados Unidos: flujos migratorios mexicanos hacia Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989; Richard B. Craig, *The Bracero Program: Interest Groups and Foreign Policy*, Austin, Tex., University of Texas Press, 1971.

<sup>84</sup> Según reportes del Banco de México, durante 2004, el total de remesas familiares enviadas de Estados Unidos a México ascendió a 16 612.85 millones de dólares, es decir 24.01 % más que el año anterior. Durante ese año, se realizaron 50.87 millones de operaciones de envío, siendo su monto promedio de 326.55 dólares. De enero a julio de 2005, el monto total de remesas ya había ascendido a 10 965.82 millones de dólares, 17.01% más que lo captado por este rubro durante el mismo rango de meses en 2004. Para actualizaciones de estos datos véase la página electrónica <http://www.banxico.org.mx/eInfoFinanciera/FSinfoFinanciera.html> (consultada el 12 de septiembre de 2005).

<sup>85</sup> Como reflejo de un fenómeno más grande, desde la academia estadounidense se ha planteado que la minoría hispana representa una amenaza a los valores calvinistas estadounidenses. Samuel Huntington, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional*, México, Paidós, 2004. Un análisis mucho más positivo se encuentra en la obra de Dale Maharidge, *Denison, Iowa. Searching for the Soul of America Through the Secrets of a Midwestern Town*, Free Press, 2005; aquí se examinan, sobre el terreno, los efectos positivos de los migrantes mexicanos y las resistencias para con ellos, en un pueblo de 8 000 habitantes que se estaba quedando vacío. Por otro lado, las actitudes xenófobas en la base de la sociedad estadounidense estaban evidenciándose con el surgimiento de movimientos civiles en la zona fronteriza. En Arizona, por ejemplo, la proliferación de grupos de “cazainmigrantes” llamó fuertemente la atención de la opinión pública mundial y dio pie a la protesta de organizaciones de defensa de derechos humanos durante

El entusiasmo que despertó en algunos círculos la transformación del régimen mexicano de autoritario a demócrata en 2000 llevó al gobierno, presidido por Vicente Fox, a tratar de usar su “bono democrático” para negociar un acuerdo migratorio que legalizara a los migrantes mexicanos indocumentados en Estados Unidos y que, a la vez, diera un trato preferente a los connacionales en el otorgamiento de visas de trabajo. Se trataba, desde la perspectiva mexicana, de completar, con el tema laboral, la integración económica que se había diseñado y puesto en marcha con el TLCAN. La respuesta de Estados Unidos no fue la esperada; Washington se enfascó entonces en lo que calificó como una cruzada o guerra global contra el terrorismo, y la frontera con México sólo le interesó en función de la seguridad y no del peculiar mercado de trabajo que propiciaba. Y sin la perspectiva de un marco legal acordado entre los gobiernos, el flujo de mexicanos que intentaba burlar a la *Border Patrol* e internarse en Estados Unidos siguió en aumento. En 2005 se anunció que las autoridades estadounidenses esperaban capturar y deportar a más de un millón de mexicanos indocumentados, pero también se calculó que por cada dos capturados un tercero lograba burlar la vigilancia.<sup>86</sup> Y ese medio millón de indocumentados era absorbido casi de inmediato por un mercado que los necesitaba a pesar de que las autoridades se negaban a admitir y administrar tal necesidad.

Hasta mediados del siglo XX, el tráfico ilegal de drogas de México a Estados Unidos no revestía gran importancia económica o política. Sin embargo, para finales del siglo ya era una actividad mayor, que en México controlaban siete grandes organizaciones o cárteles, que manejaban la introducción de una gran variedad de sustancias prohibidas en el mercado estadounidense y habían creado un clima de violencia en la frontera que ya era visto internacionalmente como un indicador de ingobernabilidad.<sup>87</sup>

---

2004 y 2005. Según la página electrónica de Minuteman Civil Defense Corps, la organización contaba en 2005 con más de 1000 voluntarios (<http://www.minutemanhq.com>, consultada el 12 de septiembre de 2005). Este grupo, que originalmente actuaba sólo en la frontera de Arizona con México, ya se había extendido a Texas (*La Jornada*, 9 de junio de 2005). American Border Patrol era otra organización similar a las anteriores y sobre ella puede verse <http://www.americanborderpatrol.com>

<sup>86</sup> *The Economist*, 27 de agosto de 2005. Estas cifras son consistentes con las de años anteriores. Por ejemplo, según el informe anual sobre inmigración de la Oficina de Seguridad Interna (Homeland Security) de Estados Unidos, en 2003, fueron deportados 1 046 422 extranjeros, de los cuales 956 963 eran mexicanos, es decir 92% del total. El país que le seguía era Honduras, con 16 632 deportados. Homeland Security, *2003 Yearbook of Immigration Statistics*, Pittsburg, Pa., Office of Immigration Statistics, 2004.

<sup>87</sup> Las siete organizaciones de narcotraficantes más fuertes, que se identifican por su liderazgo, son las de los Arellano Félix, Carrillo Fuentes, Guzmán Palma, Osiel Cárdenas, Amezcua Contreras, Díaz Parada y Luis Valencia. En lo que va del sexenio, fueron detenidos 49 261

Por razones de política nacional, en los años sesenta Washington decidió anunciar que llevaría a cabo una “guerra contra las drogas”, lo que colocó el combate al narcotráfico mexicano como uno de los temas más importantes de su agenda interna y externa. En los setenta, México se encontró, por presión de Washington, metido de lleno en acciones policíacas y militares, como la llamada “Operación Cóndor”, que buscaba erradicar el cultivo de marihuana y amapola. La presión de Estados Unidos en este campo se llevó a cabo bajo un supuesto básico que resultó falso por simplista: cortar la oferta externa tendría como efecto inmediato una disminución del consumo interno. El asesinato en 1985 en Guadalajara de un agente antidrogas estadounidense puso al descubierto la enorme corrupción y complicidad de la policía mexicana con los cárteles de la droga. El incidente aumentó la presión sobre México a tal punto que el presidente se vio obligado a disolver la Dirección Federal de Seguridad, pues ese aparato del Estado ya había sido completamente penetrado por los narcos. Para 1987 el gobierno mexicano tuvo que declarar el narcotráfico como un asunto de seguridad nacional e hizo suya, al menos formalmente, una lucha cuya filosofía y diseño eran originalmente estadounidenses. Sin embargo, desde entonces y hasta la actualidad, una y otra vez, las declaraciones de cooperación bilateral se han mezclado con recriminaciones y quejas mutuas.

Para inicios del siglo XXI, las fuerzas armadas mexicanas tenían asignados alrededor de 26 000 elementos en la lucha permanente contra el narcotráfico —el ejército y la armada eran la columna vertebral del esfuerzo—, pero este esfuerzo se topaba con dos grandes obstáculos: la notable corrupción dentro del aparato estatal mexicano y que la demanda y consumo de drogas en Estados Unidos, y crecientemente en México mismo, no disminuía y sí, en cambio, aumentaba la violencia asociada a esa actividad, particularmente en la zona fronteriza. A mediados de 2005, el embajador de Estados Unidos en México, Tony Garza, declaró: “Entre más se acentúe la violencia [en la zona fronteriza] más difícil será para los norteamericanos referirse a los mexicanos como socios confiables”.<sup>88</sup>

El intercambio comercial entre México y Estados Unidos a partir de 1994 aumentó de manera sorprendente, pero la promesa de que la destrucción de las barreras defensivas a favor del libre intercambio de bienes y servicios entre México y la potencia del norte inyectaría un gran dinamismo

---

miembros de estas organizaciones. Además, se incautaron 8 767 toneladas de marihuana, 102.4 de cocaína, 1 259 kilos de heroína, 49 389 millones de pastillas psicotrópicas y tres toneladas de metanfetaminas. Presidencia de la República, *Quinto informe de gobierno. Resumen ejecutivo*, México, Coordinación General de Opinión Pública e Imagen, 2005, p. 53; Jesús Blancornelas, *El cártel. Los Arellano Félix: la mafia más poderosa de América Latina*, México, Plaza y Janés, 2002.

<sup>88</sup> *The Economist*, 27 de agosto de 2005.

a la economía mexicana seguía sin cumplirse. La opinión pública tanto de Estados Unidos como de México consideraba que era “el otro” el que más se había beneficiado de la apertura y no el país propio. Y mientras en México se pedía la legalización de los trabajadores indocumentados en Estados Unidos, también se negaba la posibilidad de abrir las industrias petrolera y eléctrica a la inversión estadounidense, y la idea de que las empresas extranjeras tenían demasiado control e influencia sobre la economía nacional era la dominante en 73% de los mexicanos.<sup>89</sup> La izquierda, a regañadientes, había dejado de rechazar el concepto mismo del TLCAN, pero seguía insistiendo en que debía de hacerse modificaciones sustantivas para que realmente sirviera al interés nacional mexicano.<sup>90</sup>

Al momento de concluir este ensayo, al inicio de 2006, la actitud dominante en México frente al coloso estadounidense se mantenía ambigua, y no era para menos. La base material de la posición mexicana —el modelo económico— ya había dejado de corresponder al proyecto elaborado y defendido con éxito relativo por los gobiernos de la Revolución y la posrevolución mexicanas. Sin embargo, esa nueva realidad tampoco correspondía con lo que teóricamente era el nuevo proyecto: un crecimiento sustantivo como contraparte de lo que se había llamado el “matrimonio de conveniencia” de México con Estados Unidos.<sup>91</sup>

Al inicio del siglo XXI, un México ya formalmente democrático pero con fuertes problemas de desigualdad y viabilidad económicas seguía a la búsqueda de un proyecto nacional que sustituyera al ya inviable del viejo “nacionalismo revolucionario”, que contara con una base social al menos tan sustantiva como la de aquél. La tarea no resultaba fácil, pues para México la mejor manera de enfrentar a su poderoso vecino del norte era teniendo éxito en la solución de sus problemas internos: legitimidad del régimen, acuerdo entre sus principales fuerzas políticas, crecimiento económico, control sobre los problemas sociales que pudieran dar origen a inestabilidad, acuerdo sobre el papel de México en el concierto mundial. De la lista anterior, sólo el primer punto parecía no tener problemas y el resto no tenía posibilidades claras de solución. En tales condiciones, a ojos de los responsables políticos en Washington, el país vecino del sur no despertaba gran entusiasmo ni interés y sí algún recelo, pues sus debilidades internas eran vistas como fuente de problemas —narcotráfico, migración indocumentada, economía débil— tanto o más que de seguridades y oportunidades.

Al iniciarse el siglo XXI y a punto de concluir el primer gobierno democrático, las élites mexicanas y los sectores estadounidenses interesados en

<sup>89</sup> Ipsos-Bimsa, septiembre de 2003.

<sup>90</sup> Consulta Mitofsky, mayo de 2005.

<sup>91</sup> Véase Weintraub, *op. cit.*

México —académicos, empresariales, políticos— buscaban la formulación de propuestas para revitalizar el TLCAN y encontrar fórmulas generales que permitieran optimizar las ventajas de la vecindad y minimizar sus inconvenientes, pero esas propuestas aún tenían que ser aceptadas por quienes tomaban las decisiones políticas al más alto nivel y, también, por la base social.<sup>92</sup> A inicios del siglo XXI, para el mexicano promedio, Estados Unidos podía ser un modelo a seguir en ciertos aspectos políticos, económicos, sociales y culturales, pero no en todos.<sup>93</sup> Y para 10% de la población mexicana que ya se encontraba residiendo legal o ilegalmente en ese país, Estados Unidos era una solución a problemas personales fundamentales —el del empleo, en primer lugar—, mientras que para un buen número de los que no habían dejado el país la relación económica con el poderoso vecino del norte era fundamental. Sin embargo, la notable dependencia de México del comercio e inversión estadounidense, y de las remesas de los mexicanos en Estados Unidos, no significó que el sentimiento nacionalista, popular y defensivo, que se construyó en México como resultado de los conflictos y diferencias entre los dos países a lo largo de los dos siglos pasados, hubiera dado paso a otro tipo de actitud. En una encuesta de opinión de 2004, pese al poco éxito de la economía, una mayoría relativa de mexicanos prefería decir no a una hipotética integración económica y política de su país con el vecino del norte.<sup>94</sup>

#### UNA POSIBLE CONCLUSIÓN

En la actualidad, Estados Unidos, “el único país indispensable” según la definición del ex presidente Clinton, es visto y tratado por México —por su gobierno lo mismo que por su opinión pública— como el centro y razón de ser de su política exterior, y también como el inevitable punto de referencia de su nacionalismo y autodefinición. Esta visión y condición es resultado de una mezcla de los fracasos y éxitos históricos de México, de su nacionalismo, en los casi dos siglos de trato directo con su agresivo y pujante vecino del norte.

Las relaciones entre mexicanos y estadounidenses como individuos o como conjuntos regionales y nacionales, son hoy constantes y más intensas

<sup>92</sup> Un ejemplo de estos proyectos se tiene en el documento publicado a finales de 2005 por el Wilson Center y el Mexican Council on Foreign Relations titulado “The United States and Mexico: Forging a Strategic Partnership”.

<sup>93</sup> Véase la parte de valores en Sergio Aguayo, *Almanaque México-Estados Unidos*, México, Ideas y Palabras/Fondo de Cultura Económica, 2005, pp. 21-38.

<sup>94</sup> *Ibid.*, p. 37.

y complejas que nunca —su comercio bilateral asciende a 250 000 millones de dólares anuales y a 300 millones de personas los cruces anuales a lo largo de la frontera común. Para administrar tal intensidad de intercambios, la cooperación tiene que ser la norma. Sin embargo, la definición política de México frente a Estados Unidos —su nacionalismo— se ha forjado en el conflicto histórico. Un conflicto que parte de diferencias culturales heredadas de Europa y que persisten hasta el día de hoy.<sup>95</sup>

En el origen, la asimetría de poder entre México y Estados Unidos ya era un hecho y fue suficiente para decidir el resultado de la guerra de 1847. Sin embargo, el hecho fundamental es que a partir de entonces la distancia entre los vecinos, en términos de poder, aumentó y en la actualidad es la variable definitoria de su relación. Estados Unidos es hoy la única superpotencia y México es irrelevante en términos militares (el gasto mexicano en defensa equivale a menos de 0.1% del estadounidense). Y desde la perspectiva económica, el PIB del socio mexicano del TLCAN equivale apenas a 5.8% del estadounidense, y mientras en México 18% de la fuerza de trabajo aún está en el sector agropecuario, en Estados Unidos el 1% es más que suficiente para alimentar al país y exportar masivamente. Los indicadores en este terreno se pueden multiplicar y todos apuntan a una asimetría dramática.

Desde muy pronto, el Estado del norte se dio a sí mismo un “Destino Manifiesto” que implicaba el dominio sobre la antigua América española. En contraste, México fue durante buena parte del siglo XIX una sociedad sin destino colectivo claro, amenazada en lo interno por la desintegración y en lo externo por el expansionismo estadounidense. La relación entre los vecinos tuvo entonces el carácter de un juego de suma cero: lo que ganaba Estados Unidos lo perdía México. La consolidación territorial del primero significó un cambio paulatino pero importante en este campo: a partir de fines del siglo antepasado, estuvo en el interés estadounidense preservar la estabilidad interna mexicana, sin importar el signo político del régimen que la sostuviese. Es por eso por lo que el intervencionismo de Washington durante la Revolución mexicana, que tanto exacerbó el nacionalismo mexicano, estuvo motivado, fundamentalmente, por el deseo de restaurar la estabilidad en México.

Durante la Segunda Guerra Mundial, lo mismo que a lo largo de la Guerra Fría, México y Estados Unidos fueron aliados formales o informales, pero sólo por conveniencia. Para los gobiernos mexicanos de la época, el interés central de su política exterior fue mantener la independencia relati-

<sup>95</sup> En la definición que hace Samuel P. Huntington de la esencia de lo estadounidense está justamente esa diferencia de valores con otras culturas, en particular la que se encuentra al sur del río Bravo. *¿Quiénes somos?, op. cit.*, especialmente pp. 204-212.

va frente al vecino del norte. Ésa fue la esencia del nacionalismo mexicano posrevolucionario, nacionalismo que se agotó en los años ochenta como resultado del fracaso del modelo económico basado en el mercado interno. La firma del TLCAN en 1993 fue la formalización de un nuevo modelo económico mexicano, así como la culminación de un gran viraje político en materia de proyecto nacional y de relaciones con el exterior.

Al iniciarse el siglo XXI, México era más dependiente de la economía estadounidense de lo que nunca antes había sido. Esa integración de México en la economía de su poderoso vecino —que coincidió con un cambio en la naturaleza de su régimen político: el autoritarismo dio paso en 2000 a un sistema democrático— modificó pero finalmente no eliminó las contradicciones y fricciones entre los dos países, pues éstas resultaron estructurales. Los enormes flujos migratorios de trabajadores mexicanos indocumentados a Estados Unidos, la persistencia del tráfico de drogas por la persistencia de la demanda en el mercado estadounidense, la violencia en las zonas fronterizas o las diferencias entre el multilateralismo apoyado por México y la política unilateral de la gran potencia constituyeron otros tantos temas de desencuentro, que siguieron subrayando y alimentando el nacionalismo defensivo mexicano y la peculiar naturaleza de la relación bilateral mexicano-estadounidense: una combinación de integración económica con distancia política.

Al despegar el siglo XXI, en la relación con Estados Unidos era donde se presentaban las mayores oportunidades para el desarrollo material de México, pero también esa relación se mantenía como la principal fuente de peligro para su soberanía, como quiera que ésta fuese definida, y para la preservación de un proyecto nacional realmente propio y autónomo.